

20



6720

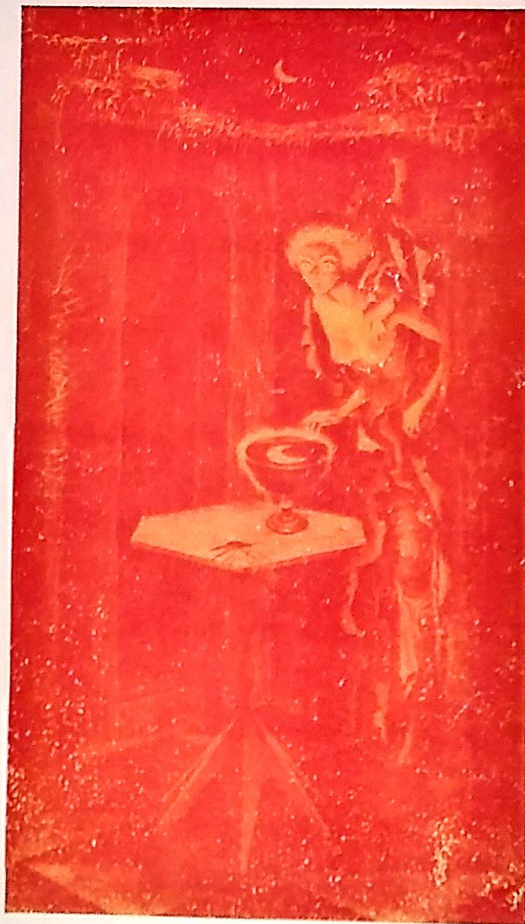


Departamento
de
Bibliotecas

Universidad
de
Antioquia

OLGA OROZCO

P o e m a s



Cuidado de esta selección:

Dora Lucía Betancur

Gustavo Zuluaga

Carátula: Pintura de Remedios Varo

: Nacer de Nuevo

OLGA OROZCO, nació en 1922 en Toay, Provincia de la Pampa (Argentina)

Son sus libros:

DESDE LEJOS (1946)

LAS MUERTES (1952)

LOS JUEGOS PELIGROSOS (1962)

LA OSCURIDAD ES OTRO SOL (1967)

MUSEO SALVAJE (1975)

CANTOS A BERENICE (1977)

MUTACIONES DE LA REALIDAD (1979)



SOCIALES Y HUMANIDADES

PARA HACER UN TALISMAN

SE NECESITA SOLO TU CORAZON

hecho a la viva imagen de tu demonio o de tu dios.

Un corazón apenas, como un crisol de brasas para la idolatría.

Nada más que un indefenso corazón enamorado.

Déjalo a la interperie,

donde la hierba aulle sus endechas de nodriza loca
y no pueda dormir,

donde el viento y la lluvia dejen caer su látigo en un golpe
de azul escalofrío

sin convertirlo en mármol y sin partirlo en dos,

donde la oscuridad abra sus madrigueras a todas las jaurías
y no logre olvidar.

Arrójaló después desde lo alto de su amor al hervidero de
la bruma.

Ponlo luego a secar en el sordo regazo de la piedra,

y escarba, escarba en él con una aguja fría hasta arrancar
el último grano de esperanza.

Deja que lo sofoquen las fiebres y la ortiga,

que lo sacuda el trote ritual de la alimaña,

que lo envuelva la injuria hecha con los jirones de sus
antiguas glorias.

Y cuando un día un año lo aprisione con la garra de un
siglo,
antes que sea tarde,
antes que se convierta en momia deslumbrante,
abre de par en par y una por una todas sus heridas:
que las exhiba al sol de la piedad, lo mismo que el mendigo,
que plaña su delirio en el desierto,
hasta que sólo el eco de un nombre crezca en él con la
furia del hambre:
un incesante golpe de cuchara contra el plato vacío.
Si sobrevive aún,
si ha llegado hasta aquí hecho a la viva imagen de tu
demonio de tu dios;
he ahí un talismán más inflexible que la ley,
más fuerte que las armas y el mal del enemigo.
Guárdalo en la vigilia de tu pecho igual que a un centinela.
Pero vela con él.
Puede crecer en ti como la mordedura de la lepra;
puede ser tu verdugo.
¡El inocente monstruo, el insaciable comensal de tu muerte!

PARA UN BALANCE

Puse a prueba mil veces mi cabeza
forzándola hasta el cuello en las juntas donde se acaba el universo
o echándola a rodar hasta el vértigo azul por el interminable baldío de los cielos.
Impensables los límites; impensable también la ilimitada inmensidad.
Mi cabeza era entonces un naufragio dentro de la burbuja de la fiebre,
un trofeo de Dios sobre la empalizada del destierro,
un hirviente Arcimboldo en la pica erigida entre mis propios huesos;
y sin embargo urdía pasadizos secretos hacia las torres de la salvación.
La volví del revés, la puse a evaporar al sol de la inclemencia
hasta que se fundió en la menuda sal de la memoria que es apenas la borra del olvido.
Pero cada región en blanco era un oleaje más hacia las tierras prometidas.
La arranqué de la luz sólo para sumirla en extravío en las trampas del tiempo,
sólo para probarle las formas de la noche y el pensamiento de la disolución
como un ácido ambiguo que preservara intacta la agonía.
Ha triunfado otra vez contra hierros y piedras, derrumbes y vacíos.
¿Y acaso no he probado,
bajo ruedas y ruedas de visiones en llamas que avasallan sin tregua mi lugar,
que aún con el infierno se acrecen los dominios de esta exigua cabeza?

Jugué mi corazón a la tormenta,
a un remolino de alas insaciables que llegaban más lejos que todas las fronteras.
Contra la dicha de ojos estancados donde se ahoga el sueño,
contra desmayos y capitulaciones, lo jugué hasta el final de la intemperie
a continuo esplendor, a continuo puñal, a pura pérdida.

Lo estrujaron entre dos trapos negros, entre cristales rotos,
igual que a una reliquia cuyo culto exaltara sólo la transgresión y el sacrilegio;
lo desgarró el arcángel de cada paraíso prometido, con su corte de perros;
la noche del verdugo lo clavó lado a lado en el cadalso de los desencuentros;
lo escarbaron después con agujas de hielo, con cucharas hambrientas,
y hallaron en el fondo un pequeño amuleto:

una gota de azogue que libra a quien se mira de la expiación y de la muerte.

He convertido así rostros oscuros en estrellas fijas,

depósitos de polvo en sitios encandilados como joyas en medio del desierto.

Pueden testimoniar aquellos a los que amé y me amaron hasta el fin del mundo

—un mundo que no termina ni aun bajo los tajos de los adioses a mansalva—

¿Y dónde estará entonces la derrota de un corazón en ascuas,

alerta para el amor de cada día, indemne como el Fénix de la desmesura?

Aposté mi destino en cada encrucijada del azar al misterio mayor,

a esa carta secreta que rozaba los pies de las altas aventuras en el portal de la leyenda.

Para llegar allí había que pasar por el fondo del alma;

había que internarse por pantanos en los que chapotean la muerte y la locura,

por espejismos ávidos como catacumbas y túneles abiertos a la cerrazón;

había que trasponer fisuras como heridas que a veces comunican con la eternidad.

No preservé mi casa ni mis ropas ni mi piel ni mis ojos.

Los expuse a la sanción feroz de los guardianes en los lindes del mundo,

a cambio de aquel paso más allá en los abismos del amor,

de un eco de palabras sólo reconocibles en el abecedario de los sueños,

de una inmersión a medias en las aguas heladas que roen el umbral de la otra orilla.

Si ahora miro hacia atrás,

veo que mis pisadas no dejaron huellas fosforescentes en la arena.

Mi recorrido es una ráfaga gris en los desvanes de la niebla,

apenas un reguero de sal bajo la lluvia, un vuelo entre bandadas extranjeras.

Pero aún estoy aquí, sosteniendo mi apuesta,

siempre a todo o a nada, siempre como si fuera el penúltimo día de los siglos.

Tal vez haya ganado por la medida de la luz que te alumbró,

por la fuerza voraz con que me absorbe a veces un reino nunca visto y ya vivido,

por la señal de gracia incomparable que transforma en milagro cada posible pérdida.



SOCIALES Y HUMANIDADES

“PAVANA PARA UNA INFANTA DIFUNTA”

A Alejandra Pizarnik

Pequeña centinela,
caes una vez más por la ranura de la noche
sin más armas que los ojos abiertos y el terror
contra los invasores insolubles en el papel en blanco.
Ellos eran legión.
Legión encarnizada era su nombre
y se multiplicaban a medida que tú te destejías hasta
el último hilván,
arrinconándote contra las telarañas voraces de la nada.
El que cierra los ojos se convierte en morada de todo el universo.
El que los abre traza las fronteras y permanece a la intemperie.
El que pisa la raya no encuentra su lugar.
Insomnios como túneles para probar la inconsistencia de
toda realidad;
noches y noches perforadas por una sola bala que te incrusta
en lo oscuro,
y el mismo ensayo de reconocerte al despertar en la memoria
de la muerte:
esa perversa tentación,
ese ángel adorable con hocico de cerdo.

¿Quién habló de conjuros para contrarrestar la herida del propio nacimiento?

¿Quién habló de sobornos para los emisarios del propio porvenir?

Sólo había un jardín: en el fondo de todo hay un jardín

donde se abre la flor azul del sueño de Novalis.

Flor cruel, flor vampira,

más alevosa que la trampa oculta en la felpa del muro

y que jamás se alcanza sin dejar la cabeza o el resto de la sangre
en el umbral.

Pero tú te inclinabas igual para cortarla donde no hacías pie,
abismos hacia adentro.

Intentabas trocárla por la criatura hambrienta que te deshabitaba.

Erigías pequeños castillos devoradores en su honor;

te vestías de plumas desprendidas de la hoguera de todo posible
paraíso;

amaestrabas animalitos peligrosos para roer los puentes

de la salvación;

te perdías igual que la mendiga en el delirio de los lobos;

te probabas lenguajes como ácidos, como tentáculos,

como lazos en manos del estrangulador.

¡Ah los estragos de la poesía cortándote las venas con el filo del
alba,

y esos labios exagües sorbiendo los venenos en la inanidad
de la palabra!

Y de pronto no hay más.

Se rompieron los frascos.

Se astillaron las luces y los lápices.

Se desgarró el papel con la desgarradura que te desliza
en otro laberinto.

Todas las puertas son para salir.

Ya todo es el revés de los espejos.

Pequeña pasajera,

sola con tu alcancía de visiones

y el mismo insoportable desamparo debajo de los pies:

sin duda estás clamando por pasar con tus voces de ahogada,
sin duda te detiene tu propia inmensa sombra que aún te
sobrevuela en busca de otra,
o tiembles frente a un insecto que cubre con sus membranas
todo el caos,
o te amedrenta el mar que cabe desde tu lado en esta lágrima.
Pero otra vez te digo,
ahora que el silencio te envuelve por dos veces en sus alas
como un manto:
en el fondo de todo hay un jardín.
Ahí está tu jardín,
Talita cumi.



SOCIALES Y HUMANIDADES

FERIA DEL HOMBRE

ESTA ES LA BARRACA DEL HAMBRE HECHA CON PIEL DE LOBO
y vaho del invierno.

Cuando entras, los disfraces acaban de llegar.
Elige el que convenga a tu gran aventura,
el que mejor te encubra entre las cuatro tablas de tu ley.
Sólo te falta el arma con que al matar te mates.
Yo elegí los delirios, las magias y el amor.

Aquí comienza la madriguera de los sobrevivientes.
Son las que están de pie, sobre el pecho roído de las otras.
Se alimentan con sal de las memorias,
con la harina enlutada de alguna eternidad,
con el vino sagrado que destilan los corazones fieles.
Cada día la mano llega y los parte en dos con un golpe
de acero:
la cabeza en las nubes, el cuerpo en un abismo.
Pero mitad y mitad, como la culpa y el remordimiento,
se juntan cada día en un solo castigo.
Es un juego que empieza con la inocencia del amor, en un
cristal de miedo,
y que sigue después y más tarde hasta nunca en los negros
espejos de la soledad.

Ese tren que se acerca envuelto en llamas
es ese tren fantasma que atraviesa todos los aposentos y no
llega jamás.

Corre con la velocidad de los deseos
arrastrando el jadeo de las fiebres y el humo del olvido.
Cuando miras acaba de pasar.
Sólo queda el latido de un tiempo inalcanzable.
Es un tren del adiós.
Es un tren de viajeros condenados a contemplar el mundo
en una polvareda.
De una estación a otra, de un verano a un otoño,
desembocas en medio del invierno hecho de flores rotas.
Si subes, no tendrás nada más.

Zona de pastos secos en tierra de miseria
y de fieras que brillan como el oro de la revelación al sol
del mediodía.
Se trata de vencer o de morir.
Todo consiste en convertirse en lazo o en puñal,
en despertar un día púrpura de verdugo que se teme a sí
mismo,
en descubrir el sitio justo del sacrificio.
Si te rindes, puedes vivir a expensas de tu mismo animal,
en un costado de la madriguera.
Pero no gritarás ni en medio de los sueños.
También puedes ser pasto.
Puedes crecer debajo de tus pies.
Ellos caminan sobre vidrios que los separan de la tierra,
ellos absorben fuego y clavan en su piel mariposas y ramas
que nadie puede ver.
Cantan con una cinta en la garganta y bendicen el radiante
telón que cae en el patíbulo.
Sus heridas brillan como lujosas pedrerías en medio del
desierto.
Son su propio rehén: el premio del martirio.

Gentes cuya expiación zumba como un enjambre en el ayuno;
gentes con mirada de exilio bajo los párpados de la primavera.
Cúdate de su orgullo como de una alimaña que avanza por
debajo de tu casa.

Huye de su perdón deshabitado.

Oh, conozco las redenciones sin piedad,
las arpas solitarias,
esas linternas hacia adentro que convierten el mundo en un
salón velado para el crimen.

Gira con el pregón de reinos y abalorios y caras de hechiceras
pegadas contra el vidrio,
con tu fauna de azogue disuelta en una lágrima,
con tu cielo de tormenta de nieve adentro de un gran globo
sepultado en el jardín perdido.
Gira sin detenerte, demasiado temprano carrusel de inocencia.

Es demasiado tarde.

Para quedarse en ti no bastan las dos alas, ni los ojos
cerrados,
ni siquiera dormir con el tiempo encerrado en una caja.
Habría que volver a echar los dados de la primera vuelta.
Habría que borrar la ráfaga que aspira desde el fondo de
cada porvenir.
Habría que cambiar la contraseña y olvidar las tijeras.
Habría que nacer sin esta herida abierta en el costado.

“Nada por aquí, nada por allá,
nada en esta mano, nada en esta otra.”

Nada en la galera del prestidigitador, ni en sus huesos, ni
en el revés de su alma.

Pero en algún lugar cómplice de la oscuridad trota la
trampa:

la bestia con cabeza de cuchara para vaciar mejor,
con cara de moneda para engañar mejor.

con mirada de rata para escapar mejor;
la indiferente bestia emboscada entre plumas,
en el centro de un círculo de luz, debajo de la felpa de todas
las palabras.

Un día de repente surge la aparición con calor de relámpago,
y las plumas no cesan de caer y las luces se apagan y la
palabra es vana.

Una negra burbuja encierra el mundo desde tu corazón.
En tanto la impostura roe como la muerte tus entrañas.

Estos que se sostienen de la mano de Dios,
de una esperanza abierta en forma de sombrilla sobre la
cuerda floja,
de un milagro que arrulla como un violín debajo de las
aguas en el salto mortal,
cruzan los precipicios de espaldas hacia atrás y hacia mañana,
porque de todos los peligros eligieron no ver, no volver
a mirar.

En vano les repiten que el ojo de la tierra es acechanza,
que desde abajo hay bocas que reclaman con el revés de
la plegaria,
que el vértigo es de pronto una tinaja azul que se convierte
en urna,
que la caída es una ley más fuerte que cualquier ascension.
Ellos caen un día con una levedad de espantajos en vuelo,
con un sonido hueco, como ángeles vacíos.

Se adivina el pasado, el presente, el porvenir con las manos
atadas.

Se lee el pensamiento en el papel en blanco.

Se bebe un elixir que transforma los sueños en el ojo de
las cerraduras,
que trasmuta las fiebres en escaleras hacia la más lejana
lejanía.

Entonces es la hora de recoger las redes.

Llegan voces de mando, destellos de un combate que se
libra con las puertas cerradas,
y la tiniebla surge con la lluvia que cae en otra parte,
con la luna que arrastra una viva reunión de muertos mi-
lenarios,
con tu casa invadida por una casa donde ya no estás y los
huéspedes son tus sombras de mañana.
Si quieres, puedes interrogar el desvarío de tu sangre con-
vertida en oráculo,
puedes buscar la lámpara enterrada en el borde de tu alma.
No lograrás hallar en ninguna respuesta la primera palabra;
no encontrarás jamás una luz que ilumine lado a lado las
dos mitades de tu cara.

Un ojo, dos cabezas, tres brazos, cuatro pies.
He aquí la guarida de los expulsados, al margen de la ley.
Un ojo solo cambia como el rayo cada intención del mundo:
dos cabezas nos bastan para multiplicar por dos las cifras
del enigma;
tres brazos equivalen a querer abrazar al testigo invisible;
cuatro pies nos delatan la demencia de la separación.
A ellos los arrancaron de raíz, molieron sus semillas entre
las fauces de la bruma.
Pero también en ti, también en mí,
una desobediencia hacia lo alto, una infracción abajo,
incuban ese monstruo que un día nos devora con la sal
del destierro:
el habitante solitario de la más desolada soledad.

Ya puedes elegir.
Alguien va a dar la orden de hacer fuego.
Vas a entrar en la cárcel de tu inmolación.

OLGA OROZCO

Yo, Olga Orozco, desde tu corazón digo a todos que muero.
Amé la soledad, la heroica perduración de toda fe,
el ocio donde crecen animales extraños y plantas fabulosas,
la sombra de un gran tiempo que pasó entre misterios y entre
alucinaciones,
y también el pequeño temblor de las bujías en el anochecer.
Mi historia está en mis manos y en las manos con que otros las
tatuaron.

De mi estadía quedan las magias y los ritos,
unas fechas gastadas por el soplo de un despiadado amor,
la humareda distante de la casa donde nunca estuvimos,
y unos gestos dispersos entre los gestos de otras que no me
conocieron.

Lo demás aún se cumple en el olvido.
Aún labra la desdicha en el rostro de aquella que se buscaba en mí
igual que en un espejo de sonrientes praderas,
y a la que tú verás extrañamente ajena:
mi propia aparecida condenada a mi forma de este mundo.
Ella hubiera querido guardarme en el desdén o en el orgullo,
en un último instante fulmíneo como el rayo,

no en el túmulo incierto donde alzo todavía la voz ronca y llorada
entre los remolinos de tu corazón.

No. Esta muerte no tiene descanso ni grandeza.

No puedo estar mirándola por primera vez durante tanto tiempo.

Pero debo seguir muriendo hasta tu muerte

porque soy tu testigo ante una ley más honda y más oscura que los
cambiantes sueños,

allá donde escribimos la sentencia:

“Ellos han muerto ya.

Se habían elegido por castigo y perdón, por cielo y por infierno.

Son ahora una mancha de humedad en las paredes del primer
“apartamento”.



GENESIS

NO HABIA NINGUN SIGNO SOBRE LA PIEL DEL TIEMPO.

Nada. Ni ese tapiz de invierno repentino que presagia las garras del relámpago quizás hasta mañana.

Tampoco esos incendios desde siempre que anuncian una antorcha entre las aguas de todo el porvenir.

Ni siquiera el temblor de la advertencia bajo un soplo de abismo que desemboca en nunca o en ayer.

Nada. Ni tierra prometida.

Era sólo un desierto de cal viva tan blanca como negra,
un ávido fantasma nacido de las piedras para roer el sueño milenario,
la caída hacia afuera que es el sueño con que sueñan las piedras.

Nadie. Sólo un eco de pasos sin nadie que se alejan
y un lecho ensimismado en marcha hacia el final.

Yo estaba allí tendida;

yo, con los ojos abiertos.

Tenía en cada mano una caverna para mirar a Dios,
y un reguero de hormigas iba desde su sombra hasta mi corazón
y mi cabeza.

Y alguien rompió en lo alto esa tinaja gris donde subían a beber
los recuerdos;
después rompió el prontuario de ciegos juramentos heridos a traición,
y destrozó las tablas de la ley inscritas con la sangre coagulada
de las historias muertas.
Alguien hizo una hoguera y arrojó uno por uno los fragmentos.
El cielo estaba ardiendo en la extinción de todos los infiernos
y en la tierra se borraban sus huellas y sus pruebas.
Yo estaba suspendida en algún tiempo de la expiación sagrada;
yo estaba en algún lado muy lúcido de Dios;
yo, con los ojos cerrados.

Entonces pronunciaron la palabra.

Hubo un clamor de verde paraíso que asciende desgarrando la raíz
de la piedra,
y su proa celeste avanzó entre la luz y las tinieblas.
Abrieron las compuertas.
Un oleaje radiante colmó el cuenco de toda la esperanza aún deshabitada,
y las aguas tenían hacia arriba ese color de espejo en el que nadie se ha
mirado jamás,
y hacia abajo un fulgor de gruta tormentosa que mira desde siempre
por primera vez.
Descorrieron de pronto las mareas.
Detrás surgió una tierra para inscribir en fuego cada pisada del destino,
para envolver en hierba sedienta la caída y el reverso de cada nacimiento,
para encerrar de nuevo en cada corazón la almendra del misterio.
Levantaron los sellos.
La jaula del gran día abrió sus puertas al delirio del sol
con tal que todo nuevo cautiverio del tiempo fuera deslumbramiento
en la mirada,
con tal que toda noche cayera con el velo de la revelación a los pies
de la luna.
Sembraron en las aguas y en los vientos.

Y desde ese momento hubo una sola sombra sumergida en mil sombras,
un solo resplandor innominado en esa luz de escamas que ilumina hasta
el fin la rampa de los sueños.

Y desde ese momento hubo un borde de plumas encendidas desde la más
remota lejanía,
unas alas que vienen y se van en un vuelo de adiós a todos los adioses.
Infundieron un soplo en las entrañas de toda la extensión.
Fue un roce contra el último fondo de la sangre;
fue un estremecimiento de estambres en el vértigo del aire;
y el alma descendió al barro luminoso para colmar la forma semejante
a su imagen,
y la carne se alzó como una cifra exacta,
como la diferencia prometida entre el principio y el final.

Entonces se cumplieron la tarde y la mañana
en el último día de los siglos.

Yo estaba frente a ti;
yo, con los ojos abiertos debajo de tus ojos
en el alba primera del olvido.



LAMENTO DE JONAS

ESTE CUERPO TAN DENSO CON QUE CLAUSURO TODAS LAS SALIDAS,
este saco de sombras cosido a mis dos alas
no me impide pasar hasta el fondo de mí:
una noche cerrada donde vienen a dar todos los espejismos de la noche,
unas aguas absortas donde moja sus pies la esfinge de otro mundo.

Aquí suelo encontrar vestigios de otra edad,
fragmentos de panteones no disueltos por la sal de mi sangre,
oráculos y faunas aspirados por las cenizas de mi porvenir.
A veces aparecen continentes en vuelo, plumas de otros ropajes
sumergidos;
a veces permanecen casi como el anuncio de la resurrección.

Pero es mejor no estar.
Porque hay trampas aquí.
Alguien juega a no estar cuando yo estoy
o me observa conmigo desde las madrigueras de cada soledad.
Alguien simula un foso entre el sueño y la piel para que me deslice hasta
el último abismo de los otros
o me induce a escarbar debajo de mi sombra.

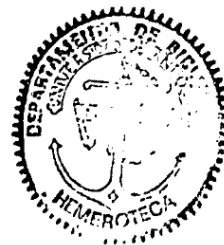
Es difícil salir.

Me tapian con un muro que solamente corre hacia nunca jamás;
me eligen para morir la duración;
me anudan a las venas de un organismo ciego que me exhala y me
aspira sin cesar.

Y el corazón, en tanto,
¿en dónde el corazón,
el tambor de nostalgias que convoca en tinieblas a todos los relevos?
Por no hablar de este cuerpo,
de este guardián opaco que me transporta y me retiene
y me arroja consigo en una náusea desde los pies a la cabeza.

Soy mi propio rehén,
el pausado veneno del verdugo,
el pacto con la muerte.

Y quién ha dicho acaso que éste fuera un lugar para mí?



SOCALES Y HUMANIDADES

LUGAR DE RESIDENCIA

UNIVERSO MINUSCULO,
desplegable al tamaño de tu dios.

Te pareces a un puño de cazador que exprime hasta la sombra de su presa,
o quizás a la bolsa del avaro repleta de monedas sin comunión y sin destino.
Ni crueldad, ni riquezas.

Es a ti a quien apuntan y no tienes más oro que la borra de alguna
alucinada primavera.

Entonces tal vez seas, lo mismo que en los cuentos,
el corazón de alguien que está lejos y debo custodiar como el dragón,
lo mismo que en los cuentos,
para que nada puedan la espada ni el veneno contra las orfandades
de su dueño.

Sí, sí. Sepultado de un tajo en lo más hondo de la selva nocturna,
debajo de unas aguas que se entreabren al soplo del amor
y se cierran de golpe al roce de la piedra,
así estás, como un pájaro en exilio, en la jaula del pecho.

¿Y el corazón de quién?,
grito hacia el tiempo todo, vuelto columna helada hasta las nubes.
¿De quién sino de todas las remotas criaturas que prolongan tu credo,
sin saber;
que exhiben una máscara, un número, una especie, lo mismo que un
estigma de la separación?

¡Esa sangre dispersa e infranqueable, multiplicada en tantas divisiones!
¡Esos muros errantes, con sus puertas tapiadas y su consigna de olvidar!
¡Ese dialecto inútil para todo posible paraíso!
Y tú aquí, corazón, cerrado laberinto,

con tu monstruo interior como un rehén perdido,
arrojando tus hilos en una red que choca contra la misma costa,
recogiendo tan sólo tus pequeños guijarros —tu soledad insoluble—,
encendiendo fogatas invisibles a modo de señal detrás de estas murallas,
tu Jericó al revés, sin paz y sin reclamo.
¿Y el corazón de quién?,
pregunto en esta noche que pasa con sus velas fantasmas sobre el mundo.
¿De quién sino de quienes escarbaron en ti, con uñas y con plumas,
un lugar a su imagen y a su tan pasajera semejanza;
de quienes erigieron sus torres de cal viva junto al abismo y sobre
la corriente
para officiar la luz y las tinieblas?
¡Fundaciones insomnes, que vagan todavía con sus ojos de fiebre por
todos los rincones!
¡Ceremonias sonámbulas en las que aún se exhuman reliquias y cuchillos
sepultados en las arcas de todas las alianzas!
¡Tatuajes e inscripciones como esas llagas pálidas que deja el desarraigo!
Y tú aquí, corazón, residencia hechizada,
con tu guardián demente y sin relevo,
convocando con tu oscuro tambor las procesiones de vivos y de muertos,
vistiendo a los desnudos con corona de rey,
transformando tu confuso inventario en un oleaje donde naufraga
la cabeza,
distribuyendo un filtro que absorbe la distancia y acrecienta la sed
de todo lo imposible
hasta perder la piel y acampar en el alma.
¡Y estos cielos que crecen y se alejan en rojo o en azul,
en terror o en delirio,
debajo de tu estruendo, debajo de tu rayo!
Si, tú, corazón, talismán de catástrofes,
posado en este yo como el vampiro de todo el porvenir,
siempre a punto de abrir y de cerrar y arrojarme hacia afuera
en cada tumbo,
en cada contracción con que me aferras y me precipitas
entre salto y caída.

EL CONTINENTE SUMERGIDO

CABEZA IMPAR,
sólo a medias visible desde donde se mire
y a medias rescatada de un exilio sin fin en la cabeza de la bruma.
Es opaca por fuera,
impermeable al bautismo de la luz,
porosa como esponja a las destilaciones de la noche insoluble.
Pero por dentro brilla;
arde en un remolino de cristales errantes,
de chispas desprendidas de la fragua del sueño,
de vértigos azules que atestiguan que es la tumba del cielo.
Se supone que alguna vez fue parte desprendida de Dios,
en forma de tiniebla,
y que rodó hacia abajo, cercenada sin duda por la condenación
de la serpiente.

Se ignoran los milenios y las metamorfosis,
las napas de estupor que debió atravesar hasta llegar aquí,
girando como sombra de topo entre raíces,
avanzando después como un planeta ciego
que se condensa en humo, en vapor, en eclipse.

Fue aspirada hacia arriba,
erigida en lo alto de un tronco a la deriva que apenas la retiene,
con dos cavernas sordas para escuchar la voz que rompe contra el muro,
con dos estrías vanas para ver desde un claustro la caída,
con un olor de bestia acorralada debajo de la piel,
con un sabor de pan sepultado entre ayunos,
y esta lengua insaciable
que devora el idioma de la muerte en grandes llamaradas.

Cabeza borrascosa,
cabeza indescifrable,
cabeza ensimismada:
se asemeja a un infierno circular
donde el perseguidor se convierte de pronto en perseguido,
siempre detrás de sí, o delante de mí,
que no sé desde dónde surjo a veces, aferrada a este cuello,
sin encontrar los nudos que me atan a esta extraña cabeza.

PARENTESCO ANIMAL CON LO IMAGINARIO

BROTANDO ACUSADORA, COMO CIERTOS OLEAJES EMPLUMADOS SOBRE LA superficie de un estanque asesino o esa loca maleza que enfunda de la noche a la mañana algún recinto destinado a ser estatua y tumba del secreto cautivo, mi cabellera es la evidencia escalofriante de lo que oculto en mí. Lo denuncia, lo exalta, lo pregona. Pero ¿qué oculto en mí, como no sea mi maraña de sombras y esa legión orgánica y sin rostro que oficia en mis entrañas? ¡Contra ellas la tibia, la densa, la inocente o perversa y filiforme delación!

O tal vez sea apenas, simplemente, un fulgor semejante, una metamorfosis del hechizo interior, si no el manto piadoso de la estirpe animal sobre la exigua tentativa humana. O tal vez nada más que el último recurso de la fuga o esas prolongaciones insensatas que emite la nostalgia.

¿Y a expensas de qué vive esta especie de ráfaga atrapada, esta indolente enviada de otro mundo arraigado en el hambre, parásita de fiebres, vampira en la profunda garganta de los sueños? Sé que extrae de mí un alimento tan letal como el vaho que exhalan los sofocantes folletines. Se empapa en una niebla malsana, alucinógena. No en vano esa apariencia de alma errante, de espeso cortinaje dispuesto para el crimen, de lujoso sudario hecho para cubrir o revelar las heridas que dejan los amores fatales

en cuerpos de mujer trocados en violentos catafalcos o en proas de navíos sobre lechos de sangre.


A veces, siempre a solas, un crujido entre briznas soterradas, una absorción repentina hasta la médula, me anuncian que pretende arrancarme de mí, desenraizarme, como a un tubérculo antropomorfo, para implantarme en la negrura de la fábula igual que a una mandrágora. No cedo, no; me aferro a mis modestas pertenencias. Pero una bocanada casi eléctrica que me impulsa hacia arriba me indica que está a punto de suspenderme de lo alto y cubrirme de filamentos encendidos a manera de lámpara.

¡Ah, las maquinaciones que paralizan las ruedas de la noche! ¡Cuando la oigo respirar a leves sacudidas y deslizarse astuta y sigilosa, destejiendo mi trama, devanando sin duda la urdimbre que me fija a duras penas en este pozo abierto en lo ilusorio!, ¡cuando siento que se escurre feroz, palpando los objetos y los muebles con oscuras llamaradas dementes, y tapiza sin tregua, como una devoradora enfermedad, el piso y las paredes, y se enrosca y palpita en esta habitación lo mismo que una insaciable y esponjosa bestia exigiendo la dádiva de todo el universo!, ¡qué visión admirable!, ¡qué fiesta en los telares del Apocalipsis! ¡Espléndido proyecto el de invadirlo todo o acosarnos cambiando de lugar, como el bosque de Birnam! La misma ambigüedad de una obra maestra.

Pero no. Se retrae. Se domestica como un gato. Se convierte en caricia vagabunda en busca de caricias, en reclamo entre insomnios más lentos que las letanías.

A lo sumo un ansioso follaje que susurra el idioma del amor, una lluvia sensual embalsamada por el asombro y el deseo, una provocación al fuego, al erotismo.

Y por qué no las hebras que segrega la sustancia de la poesía, el delirio de la muerte?



EL JARDIN DE LAS DELICIAS

¿ACASO ES NADA MAS QUE UNA ZONA DE ABISMOS Y VOLCANES EN PLE-
na ebullición, predestinada a ciegas para las ceremonias de la especie en
esta inexplicable travesía hacia abajo? ¿O tal vez un atajo, una embos-
cada oscura donde el demonio aspira la inocencia y sella a sangre y fuego
su condena en la estirpe del alma? ¿O tan sólo quizás una región marcada
como un cruce de encuentro y desencuentro entre dos cuerpos sumisos
como soles?

No. Ni vivero de la perpetuación, ni fragua del pecado original, ni
trampa del instinto, por más que un solo viento exasperado propague a
la vez el humo, la combustión y la ceniza. Ni siquiera un lugar, aunque
se precipite el firmamento y haya un cielo que huye, innumerable, como
todo instantáneo paraíso.

A solas, sólo un número insensato, un pliegue en las membranas de
la ausencia, un relámpago sepultado en un jardín.

Pero basta el deseo, el sobresalto del amor, la sirena del viaje y en-
tonces es más bien un nudo tenso en torno al haz de todos los sentidos
y sus múltiples ramas ramificadas hasta el árbol de la primera tentación,

hasta el jardín de las delicias y sus secretas ciencias de extravío que se expanden de pronto de la cabeza hasta los pies igual que una sonrisa, lo mismo que una red de ansiosos filamentos arrancados al rayo, la corriente erizada reptando en busca del exterminio o la salida, escurriéndose adentro, arrastrada por esos sortilegios que son como tentáculos de mar y arrebatan con vértigo indecible hasta el fondo del tacto, hasta el centro sin fin que se desfonda cayendo hacia lo alto, mientras pasa y traspasa esa orgánica noche interrogante de crestas y de hocicos y bocinas, con jadeo de bestia fugitiva, con su flanco azulado por el látigo del horizonte inalcanzable, con sus ojos abiertos al misterio de la doble tiniebla, derribando con cada sacudida la nebulosa maquinaria del planeta, poniendo en suspensión corolas como labios, esferas como frutos palpitantes, burbujas donde late la espuma de otro mundo, constelaciones extraídas vivas de su prado natal, un éxodo de galaxias semejantes a plumas girando locamente en el gran aluvión, en ese torbellino atronador que ya se precipita por el embudo de la muerte con todo el universo en expansión, con todo el universo en contracción para el parto del cielo, y hace estallar de pronto la redoma y dispersa en la sangre la creación.

El sexo, sí,
más bien una medida:
la mitad del deseo, que es apenas la mitad del amor.



SOCIALES Y HUMANIDADES

EN LA RUEDA SOLAR

CADA OJO EN EL FONDO ES UNA CRIPTA DONDE SE EXHUMA EL SOL,
donde brilla la luna sobre la piedra roja del altar
erigida entre espejos y entre alucinaciones.
Yo asisto cada día con los ojos abiertos al sacrificio de la resurrección,
a la alquimia del oro en aguas estancadas.
Es difícil mirar con la sustancia misma de la luz filtrada por la tierra
del destierro;
es imposible ver quién se levanta y anda entre malezas
desde estos dos fragmentos arrancados a la cantera de la eternidad.
Uno al lado del otro en su prisión de nácar,
en su evasión de nubes y de lágrimas;
ajeno del otro,
sometidos a ciegas a la ley de la alianza en la separación,
fabulan la distancia, la envoltura de cada desencuentro, la isla que no soy.
¿Y acaso no me acechan desde el fondo de todo cuanto miro
igual que a una extranjera?
¿No me dejan a solas con su estuche de nieblas,
lo mismo que a un rehén,
contra la trampa abierta en la espalda del mundo?
¡Extraña esta custodia que permite avanzar al enemigo transparente

y retiene hacia adentro este insondable vacío de caverna!
No tiene explicación esta córnea con piel de escalofrío,
con avaricia de ostra que incubaba al mismo tiempo su misterio y el cuchillo
final;
tampoco es razonable este iris que tiembla como una flor al borde del
abismo,
que destella y se apaga lo mismo que un relámpago de tigres,
que se acerca y se aleja semejante a una selva sumergida en un ala de
insecto.

¿Y la pupila, entonces?

¿Quién puede descifrar esta pupila cautiva entre cristales,
este túnel contráctil siempre alerta a la inminencia a solas,
esta palpitación a medias con la muerte?

¡Basta, mirada de fisura, incesante mirada de pólipo en tinieblas!
Es otra vez el mismo tembladeral de aguas voraces,
la misma negra rampa circular que me pierde hacia adentro.
Es otra vez el mismo recinto central adonde caigo
arrastrando un telón sobre la lejanía,
entreabriendo la escena donde los personajes son una sola máscara de Dios.
Es otra vez el mismo centinela que dice que no estoy,
la misma luz de espada que me empuja afuera hasta el revés de mí,
hasta la ciega condena de estos ojos que me impiden mirar
y que sólo atestiguan la división debajo de estos párpados.



DURO BRILLO, MI BOCA

COMO UNA GRIETA FALAZ EN LA APARIENCIA DE LA ROCA, COMO UN sello traidor fraguado por la malicia de la carne, esta boca que se abre inexplicable en pleno rostro es un destello apenas de mi abismo interior, una pálida muestra de sucesivas fauces al accho de un trozo de incorporeable eternidad.

Casi no se diría con los labios cerrados. Más bien sólo un error, un soplo de otra especie en la obra incompleta. Y de pronto un desliz, un relámpago acaso, un salto de animal que descorre los bordes del paisaje sobre la sumergida inmensidad, y se enciende el peligro y estalla la amenaza. Un lugar de barbarie bajo el fulgor lunar.

Dientes como blancura tenebrosa, verdugos alineados en feroces fronteras al filo de la luz, amuletos de viva hechicería erigidos en piedras para la inmolación; y en su sitial el monstruo palpitante, el ídolo cautivo, la leviatán de felpa, esta oficiante anfibia debatiéndose a ciegas desde su raigambre hasta las nervaduras de su propio sabor, de mi dulzona insipidez.

¿Quién hablaba de bocas celestiales para la eucaristía, para el trasvasamiento con los ángeles?

Me adhiero por mi boca a las posibles venas del planeta, extraigo la sustancia de mi día y mi noche en las arterias de la perduración, y sólo paladeo brebajes y alimentos adulterados por el latido contagioso de la muerte.

¡Ah, me repugna esta voracidad vampira de inocencias, esta sobrevivencia siempre colmada y siempre insatisfecha bajo la mordedura de los tiempos!

¡Y esta risa, con retazos de huesos que iluminan la exhumación a medias de mi cara final! ¡Tanto exceso en la fatua, innoble alegoría!

¡Y tanta ambivalencia en esta boca, bajo el signo de la carencia y la embriaguez, bajo los dobles nudos ceñidos por el amor y el aislamiento!

¿Aquí no empieza acaso ese maelstrom ardiente que arrebatara los cuerpos y trueca los alientos y aspira el corazón de cada uno hasta el fondo del otro corazón, y que a veces devuelve sólo un grano de sal, un jirón de intemperie en medio del invierno?

Y un poco más acá de lo visible, debajo de esta lengua que celebra el silencio y escarba en la prohibida oscuridad, ¿no comienzan también las canteras del verbo, las roncas fundiciones de la poesía, el acceso a las altas transparencias que hacen palidecer la pregunta y la respuesta?

Duro brillo, este oráculo mudo.



5: ... HUMANIDADES

MIS BESTIAS

ME HABITAN, COMO ORGANISMOS DE OTRA ESPECIE, ATRAPADAS EN ESTE impalpable paraíso de mi leyenda negra.

Respiran y palpitan, isofocante asamblea!, con la codicia y la voracidad de las flores carnívoras y esa profunda calma de los monstruos marinos al acecho de algunos continentes tal vez a la deriva, de unas hierbas tenaces que arrastren la creación.

No las puedo pensar con estos ojos sin transformarme en bestiario invisible, sin trocarme por ellas y abdicar.

Sin embargo persisten, evidentes, como la idea fija engarzada en tinieblas, que hace retroceder todas las lámparas y se bebe la luz.

Y así mis bestias brillan, ¿para quién?, ¿para qué?, mientras absorben lentas sus brebajes, solemnes, taciturnas, tenebrosas, con ropones de obispo, de verdugo, de murciélago azul o de peñasco que de pronto se convierte en molusco o en un tenso tambor.

Inflan sus fuelles, despliegan sus membranas, abren sus fauces locas en bostezos y en carcajadas escarlatas entre los tapizados que cierran en carne viva el extraño salón.

Me aterran esos antros contráctiles, estas gárgolas en migratoria comunión, estos feroces ídolos arrancados con vida de la hoguera y encarnizados siempre en el trance final.

Deliberan, conspiran, se traicionan estas vísceras mías, igual que conjurados que intercambian consignas, poderes y malicias. ¿Y no simulan fábricas, factorías del cielo, y hasta grandes colmenas que elaboran narcóticos, venenos y elixires violentos, como miel?

Lo que tengan que hacer que lo demoren. Porque hay una que adelanta la hora y decreta la entrega y funda su reinado en la consumación. Hay una cuya máscara es ópalo, o esponja o tegumento y que tiene debajo la señal. ¡Y convive conmigo y come de mi plato!

¡Qué tribunal tan negro en la trastienda de toda mi niñez amedrentada por la caída de una pluma en el mero atardecer!

Y es esto una gran parte de lo que yo llamaba mi naturaleza interior?

GUARDIANAS NOCTURNAS

Preparan mi equipaje.

Ellas, las lentas damas moldeadas por crespones en el viento más frío,
las que bordan pacientes como arañas una grieta sin fin en la urdimbre de mis días,
ellas, las susurrantes, las delegadas de los altos poderes, las mitradas:
mis guardianas nocturnas.

Siento pasar el borde de toda mi asombrosa existencia entre sus dedos;
lo siento como un filo de vidrio contra las entrañas.

Hañ plegado los pálidos telones de los descubrimientos infantiles
con los mapas del tesoro escondido, el pueblo encandilado y el palomar en ruinas.
Han puesto en una caja los cristales de la inocencia rota
y han hecho un envoltorio en el que se debaten igual que sabandijas mis pecados.
Un puñado de agujas por las escasas contricciones, un alfiler por la torcaza muerta,
un manojo de astillas por todas las heridas y un puñal por la sangre del perdón.
Ahora doblan las sábanas de los insomnios, las fundas del delirio,
lienzos agujereados que dejaron escabullir hasta mi nombre y emerger los murciélagos,
los emisarios del submundo, el nadie siempre a punto de franquear mi lugar.
Van a llenar los huecos con los acusadores frascos de venenos:
tintas fanáticas para los desaciertos, licores para las mutaciones insensatas,
perfumes alucinógenos extraídos de dichas irre recuperables, lluvias del más allá.
Se consultan, vacilan frente al álbum en el que fosforecen los retratos.

Por favor, todos, todos, desde aquellos que fueron una llaga voraz sobre los muros hasta los que ahuyentaron el terror y embellecieron los desmantelamientos de mi alma. Afuera los estuches fervorosos, las felpas hechizadas: destituidos los ídolos, los talismanes, las medallas, los desvalidos trofeos de la fe, amontonados al desdeñoso azar, sepultados a tientas en el aserrín de las costumbres. Ningún sitio de honor para las vestiduras de la soledad, ninguna flor encima. Que las cubran con esos atavíos estampados por noches copiadas del abismo, esos que todavía flotan como en sueños alrededor del vértigo y de los suspiros y en los que aún brillan igual que lentejuelas desordenadas las caricias. También, también va ese fanal que guarda cielos para los regresos y las despedidas. Y no olvidar las cartas estrujadas, ni los bellos disfraces extinguidos, ni las plumas arrancadas al vuelo a la alegría, ni los fabuladores espejos, ni siquiera la bolsa de retazos de los días desiertos. Al alba está dispuesto el equipaje. Embalados mis bienes, ceñidas las correas, sellados los precintos. Ellas, las altas damas, las papisas enfundadas en lutos solemnes, se retiran. Hay un rótulo allí. No dice "frágil"; no señala un destino. Indica: "Para dejar en cualquier parte. Solamente residuos sin reclamo posible".



SOCIALES Y HUMANIDADES

LA CARTOMANCIA

OYE LADRAR LOS PERROS QUE INDAGAN EL LINAJE DE LAS
sombras,
óyelos desgarrar la tela del presagio.
Escucha. Alguien avanza
y las maderas crujen debajo de tus pies como si huyeras
sin cesar y sin cesar llegaras.
Tú sellaste las puertas con tu nombre inscripto en las cenizas
de ayer y de mañana.
Pero alguien ha llegado.
Y otros rostros te soplan el rostro en los espejos
donde ya no eres más que una bujía desgarrada,
una luna invadida debajo de las aguas por triunfos y
combates,
por hehechos.
Aquí está lo que es, lo que fue, lo que vendrá, lo que
puede venir.
Siete respuestas tienes para siete preguntas.
Lo atestigua tu carta que es el signo del Mundo:
a tu derecha el Angel,
a tu izquierda el Demonio.

¿Quién llama?, pero quién llama desde tu nacimiento hasta tu muerte
con una llave rota, con un anillo que hace años fue enterrado?

¿Quiénes planean sobre sus propios pasos como una bandada de aves?

Las Estrellas alumbran el cielo del enigma.

Mas lo que quieres ver no puede ser mirado cara a cara
porque su luz es de otro reino.

Y aún no es hora. Y habrá tiempo.

Vale más descifrar el nombre de quien entra.

Su carta es la del Loco, con su paciente red de cazar mariposas.

Es el huésped de siempre.

Es el alucinado Emperador del mundo que te habita.

No preguntes quién es. Tú lo conoces

porque tú lo has buscado bajo todas las piedras y en todos los abismos

y habéis velado juntos el puro advenimiento del milagro:

un poema en que todo fuera ese todo y tú

— algo más que ese todo—.

Pero nada ha llegado.

Nada que fuera más que estos mismos estériles vocablos.

Y acaso sea tarde.

Veamos quién se sienta.

La que está envuelta en lienzos y grazna mientras hila deshilando tu sábana

tiene por corazón la mariposa negra.

Pero tu vida es larga y su acorde se quebrará muy lejos.

Lo leo en las arenas de la Luna donde está escrito el viaje,
donde está dibujada la casa en que te hundes como una

estría pálida

en la noche tejida con grandes telarañas por tu Muerte
hilandera.
Mas cuídate del agua, del amor y del fuego.

Cuídate del amor que es quien se queda.
Para hoy, para mañana, para después de mañana.
Cuídate porque brilla, con un brillo de lágrimas y espadas.
Su gloria es la del Sol, tanto como sus furias y su orgullo.
Pero jamás conocerás la paz,
porque tu Fuerza es fuerza de tormentas y la Templanza
llora de cara contra el muro.
No dormirás del lado de la dicha,
porque en todos tus pasos hay un borde de luto que pre-
sagia el crimen o el adiós,
y el Ahorcado me anuncia la pavorosa noche que te fue
destinada.

Quieres saber quién te ama?
El que sale a mi encuentro viene desde tu propio corazón.
Brillan sobre su rostro las máscaras de arcilla y corre bajo
su piel la palidez de todo solitario.
Vino para vivir en una sola vida un cortejo de vidas y de
muertes.
Vino para aprender los caballos, los árboles, las piedras,
y se quedó llorando sobre cada vergüenza.
Tú levantaste el muro que lo ampara, pero fue sin querer
la Torre que lo encierra:
una prisión de seda donde el amor hace sonar sus llaves
de insobornable carcelero.
En tanto el Carro aguarda la señal de partir:
la aparición del día vestido de Ermitaño.
Pero no es tiempo aún de convertir la sangre en piedra de
memoria.
Aún estáis tendidos en la constelación de los Amantes,

ese río de fuego que pasa devorando la cintura del tiempo
que os devora,
y me atrevo a decir que ambos pertenecéis a una raza de
náufragos que se hunden sin salvación y sin consuelo.

Cúbrete ahora con la coraza del poder o del perdón, como
si no temieras,

porque voy a mostrarte quién te odia.

¿No escuchas ya batir su corazón como un ala sombría?

¿No la miras conmigo llegar con un puñal de escarcha a tu
costado?

Ella, la Emperatriz de tus moradas rotas,

la que funde tu imagen en la cera para los sacrificios,

la que sepulta la torcaza en tinieblas para entenebrecer el
aire de tu casa,

la que traba tus pasos con ramas de árbol muerto, con
uñas en menguante, con palabras.

No fue siempre la misma, pero quienquiera que sea es ella
misma,

pues su poder no es otro que el ser otra que tú.

Tal es su sortilegio.

Y aunque el Cubiletero haga rodar los dados sobre la mesa
del destino,

y tu enemiga anude por tres veces tu nombre en el cáñamo
adverso,

hay por lo menos cinco que sabemos que la partida es vana,
que su triunfo no es triunfo

sino tan sólo un cetro de infortunio que le confiere el Rey
deshabitado,

un osario de sueños donde vaga el fantasma del amor que
no muere.

Vas a quedarte a oscuras, vas a quedarte a solas.
Vas a quedarte en la intemperie de tu pecho para que hiera
quién te mata.
No invoques la Justicia. En su trono desierto se asiló la
serpiente.
No trates de encontrar tu talismán de huesos de pescado,
porque es mucha la noche y muchos los verdugos.
Su púrpura ha enturbiado tus umbrales desde el amanecer
y han marcado en tu puerta los tres signos aciagos
con espadas, con oros, y con bastos.
Dentro de un círculo de espadas te encerró la crueldad.
Con dos discos de oro te aniquiló el engaño de párpado de
escamas.
La violencia trazó con su vara de bastos un relámpago azul
en tu garganta.
Y entre todos tendieron para ti la estera de las ascuas.

He aquí que los Reyes han llegado.
Vienen para cumplir la profecía.
Vienen para habitar las tres sombras de muerte que escol-
tarán tu muerte
hasta que cese de girar la Rueda del Destino.

SOL EN PISCIS

SOLAMENTE LOS MUERTOS CONOCEN EL REVERSO DE LAS
pedras.

Solamente las piedras conocen el reverso de los muertos.
Lo sé.

A veces las estatuas vuelven a abrir en mí ciertas heridas
o toman el color de las acusaciones que me impiden dormir.
Pero hay pruebas que nadie quiere ver.

Se atribuyen al tiempo, a las tormentas,
a la sombra de pájaro con que los días se alzan o se dejan
caer sobre la tierra.

Nadie quiere pensar que hay muchas muertes por cada
corazón.

Tantas como muertos nos lloren.

Tantas como piedras los sigan lamentando.

Existe una canción que entre todos levantan desde los fríos
labios de la hierba.

Es un grito de naufragos que las aguas propagan borrando
los umbrales para poder pasar,
una ráfaga de alas amarillas,
un gran cristal de nieve sobre el rostro,
la consigna del sueño para la eternidad del centinela.

¿Dónde están las palabras?
¿Dónde está la señal que la locura borda en sus tapices
a la luz del relámpago?
Escarba, escarba donde más duela en tu corazón.
Es necesario estar como si no estuvieras.

He aquí el pequeño guijarro recogido para la gran memoria.
De este lado no es más que un pedazo de lápida sin
inscripción alguna.
Y sin embargo desde allá es como un talismán que abre
las puertas de mi vida.

Por sus meandros azules llego a veces más allá de mis venas:
cerraduras que giran contra la misteriosa rotación de los
años,
vértigos de continuas despedidas que ahora me despiden
a través de mis lágrimas de entonces,
hasta ser nada más que una cinta brillante,
un fulgor que ilumina este fondo de abismo donde caigo
hacia el fondo del cielo,
tan ávido como el tambor que invoca las tormentas.

Heroína de miserias, balanceándote ahora casi al borde de
tu alma,
no mires hacia atrás, no te detengas,
mientras arde a lo lejos la galería de las apariencias,
las máscaras del sueño que labraste sobre ciegas cortezas
para poder vivir.

A solas con tu nombre, contra el portal resplandeciente,
a solas con la herida del exilio desde tu nacimiento,
a solas con tu canción y tu bujía de sonámbula para
alumbrar los rostros de los desenterrados;
porque ésa es la ley.
A solas con la luna que arrastra en las mareas del más alto
jardín de la memoria

un rumor de leyendas desgarradas por la crueldad de la
distancia:

“Cuando llegues del otro lado de t í misma
podrás reconocer el puñal que enterraste para que tú vinieras
despojada de todo poderío.

Si avanzas más allá
encontrarás la fórmula que yace bajo los centelleos de todos
los delirios.

Si consigues pasar
alcanzarás la Rueda que avanza hacia el poniente”.

Pero no hay arma alguna que arrebate a mi vida su
inocencia,
ni retablo enterrado en cuyo espejo de oro se abran las
flores de otros mundos,
ni carruaje que avance con el rayo.

Sin embargo, esta palabra sin formular,
cerrada como un aro alrededor de mi garganta,
ese ruido de tempestad guardada entre dos muros,
esas huellas grabadas al rojo vivo en las fosforescencias
de la arena,
conducen a este círculo de cavernas salvajes
a las que voy llegando después de consumir cada vida y
su muerte.
Celdas tornasoladas del adiós para siempre, para nunca,
y cada una se abre hacia las otras con la fisura de una
gran nostalgia
por donde pasa el soplo de los siglos,
la mariposa gris que envuelve con su nieblas al huésped
solitario,
a ese que ya fui o al que no he sido en este y otros mundos.
El que entreteje sus coronas con la ceniza de la tierra,
el que reluce con cabeza de león como un sol heráldico
entre las tinieblas,



el que sueña conmigo como con una cárcel de muros.
transparentes,
esta que soy queriendo guardar la eternidad en el polvo
de cada sonrisa,
el que se cubre con ropajes de águila para volar más lejos
que la mirada de los hombres,
los que habitan aquí o en otro lado lejos de las investiduras
de la sangre
y no puedo nombrar,
y el que rescatará la coraza de luz
—su día levantado palmo a palmo con la noche de los otros—
para cruzar la última puerta del arcano.

Oh sombra de claridad sobre mi rostro,
relámpago entrevisto desde el fondo del agua:
tu signo está grabado sobre todas las frentes para la
ceremonia de la duración,
para la travesía de todos los recintos en cuyo fondo te alzas
como una llamarada de la gran añoranza,
como los espejismos de un perdido país anunciado por el
sueño y la sed,
el miedo y la nostalgia,
y el insaciable tiempo que llevamos de migración en
migración
como una brasa que quema demasiado.

Todos los grandes vértigos del alma nacen del otro lado
de las piedras.

EN DONDE LA MEMORIA ES UNA TORRE EN LLAMAS

NO, NINGUNA CAIDA LOGRO TROCARSE EN RUINAS
porque yo alcé la torre con ascuas arrancadas de cada
infierno del corazón.

Tampoco ningún tiempo pronunció ningún nombre con su
boca de arena
porque de grada en grada un lenguaje de fuego los levantó
hasta el cielo.

Nadie se muere aquí.

Una criatura vela

envuelta entre sus plumas de ángel invulnerable
jugando con ayer convertido en mañana.

Vuelve a escarbar con un trozo de espejo los terrenos
prohibidos,

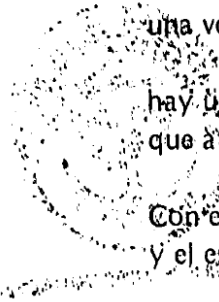
la oscuridad sin nombre todavía,

para entregar a cada huésped la llave al rojo vivo que abrirá
cualquier puerta hacia este lado,

una consigna de sobreviviente

y las semillas de su eternidad

—un áspero alimento con un sabor a sed que nunca cesa—.



Nadie se pierde aquí.
A la entrada de cada laberinto
la adolescente aguarda con un ovillo sin fin entre las manos.
Otra vez del costado donde perdura el eco,
una vez más del lado que se abre como un faro hacia la
soledad,
hay un hilo que corre solamente desde siempre hasta nunca,
que ata con unos nudos invencibles las ligaduras de la
separación.
Con ese mismo hilo tejía sus disfraces de araña la impostura
y el estrangulador, noche tras noche, preparaba su lazo
mejor para mañana.
Pero ella sonríe aún detrás de su cristal de azul melancolía
escribiendo sobre el vaho de las nuevas traiciones las más
viejas promesas,
con un tizón ardiendo,
para que nadie pierda la señal,
para que a nadie borre ni siquiera el perdón.

Nadie sale de aquí.
Yo convierto los muros en ansiosas hogueras que alimento
con sal de la nostalgia,
con raíces roídas hasta el frío del alma por la intemperie
y el destierro.
Yo cierro con mis ojos todas las cerraduras.
No hay grieta que se entreabra como en una sonrisa para
burlar la ley,
ni tierra que se parta en la vergüenza,
ni un portal de cenizas labrado por la cólera, el sueño o
el desdén.
Nada más que este asilo de paso hacia el final,
donde siempre es ahora en todas partes al sol de la vigilia,
donde los corredores guardan bajo sus alas de ladrones de
adiós a todo mensajero del destino,
donde las cámaras de las torturas se abren en una escena

de dicha o infortunio que ninguna distancia consigue
restañar,
y por cada escalera se asciende una vez más hasta el fondo
de la misma condena.

Esta es la torre en llamas en medio de las torres fantasmas
del invierno
que huelen a guarida de una sola estación,
a sótano cerrado sobre unas aguas quietas que nadie quiere
abrir.

A veces sus emisarios vienen para trocar cada cautivo ar-
diente por una sombra en vuelo.

Entonces oigo el coro de las apariciones.

Llaman áridamente igual que una campana sepultada.

Zumban como un enjambre elaborando para mi memoria
un ataúd de reina helada en el exilio.

Mis días en los otros ya no son nada más que una semilla
seca,
un hilo roto,
la irrevocable momia del olvido.

DONACION
Armando Caballero Quintero
EGRESADO



SOCIALES Y HUMANIDADES

REPETICION DEL SUEÑO

COMO UNA CRIATURA ALUCINADA

a quien ya sólo guiara la incesante rotación de la luna
entre los médanos,
o como un haz de mariposas amarillas sumergidas por el
farol de las tormentas
en el vértigo del miedo y de la oscuridad,
o quizá más aún como la ahogada que descende hasta el
fondo del estanque
girando con un lento remolino de adiós,
así voy convocada, sin remedio,
hasta alcanzar mi sombra de extranjera en la niebla,
hasta pasar los muros que llevan paso a paso a la condena,
hasta entrar en la noche en que el malhechor asume las
apariencias del sueño
para mejor herir sin ningún desafío.
Ese es mi más allá tras la única puerta que se abre cada
día hacia la misma jaula
en donde la costumbre grazna sobre sus alimentos de nau-
fragio.

El me espera vestido de terciopelo negro,
envuelto por la dulce pesadumbre del duelo que no llega
jamás,
y su rostro vacío, fundiéndose en la nieve dorada de otro
tiempo,
exhala una luz muerta,
un fulgor como de viejas lágrimas guardadas para la acu-
sación.

Yo me acerco a través de esos relampagueantes espejismos
de aqyer que me anuncian una vez más mi propio sa-
crificio,
pero debo llegar
igual que un personaje prometido por las mareas del pasado
para un día cualquiera,
a la hora azul pálido de las inmolaciones,
hasta un lugar que ahora es el sueño que se pierde conmi-
go y nadie sabe.
Porque ahora él separa con este solo golpe de cuchillo la
envoltura del mundo
y abre de par en par los grandes cielos de las transfor-
maciones.

Sin embargo, esta herida del corazón por donde salgo,
estas gradas sin fin por donde ruedo con la velocidad de
la distancia,
estas aguas que giran y se aquietan de pronto para crista-
lizar en una sombra igual a mi destino,
me conducen de nuevo a la cárcel de espejos que arroja
cada noche a la noche en que muero.

Aunque nada me diga al despertar que yo sea yo misma.

DESDOBLAMIENTO EN MASCARA DE TODOS

Lejos,
de corazón en corazón,
más allá de la copa de niebla que me aspira desde el fondo
del vértigo,
siento el redoble con que me convocan a la tierra de nadie.
(¿Quién se levanta en mí?
¿Quién se alza del sitio de su agonía, de su estera de
zarzas,
y camina con la memoria de mi piel?)
Dejo mi cuerpo a solas igual que una armadura de intemperie
hacia adentro
y depongo mi nombre como un arma que solamente hiere.
(¿Dónde salgo a mi encuentro
con el arrobamiento de la luna contra el cristal de todos
los albergues?)
Abro con otras manos la entrada del sendero que no se
adónde da
y avanzo con la noche de los desconocidos.
(¿Dónde llevaba el día mi señal,
pálida en su aislamiento,
la huella de una insignia que mi pobre victoria arrebatava
al tiempo?)

Miro desde otros ojos esta pared de brumas
en donde cada uno ha marcado con sangre el jeroglífico
de su soledad,
y suelta sus amarras y se va en un adiós de velero fantasma
hacia el naufragio.
(¿No había en otra parte, lejos, en otro tiempo,
una tierra extranjera,
una raza de todos menos uno, que se llamó la raza de
los otros,
un lenguaje de ciegos que ascendía en zumbidos y en bur-
bujas hasta la sorda noche?)
Desde adentro de todos no hay más que una morada bajo
un friso de máscaras;
desde adentro de todos hay una sola efigie que fue inscripta
en el revés del alma;
desde adentro de todos cada historia sucede en todas partes:
no hay muerte que no mate,
no hay nacimiento ajeno ni amor deshabitado.
(¿No éramos el rehén de una caída,
una lluvia de piedras desprendida del cielo,
un reguero de insectos tratando de cruzar la hoguera del
castigo?)
Cualquier hombre es la versión en sombras de un Gran Rey
herido en su costado.

Despierto en cada sueño con el sueño con que Alguien sueña
el mundo.

Es víspera de Dios.

Está uniendo en nosotros sus pedazos.

ENTRE PERRO Y LOBO

ME CLAUSURAN EN MI.

Me dividen en dos.

Me engendran cada día en la paciencia

y en un negro organismo que ruga como el mar.

Me recortan después con las tijeras de la pesadilla

y caigo en este mundo con media sangre vuelta a cada lado:

una cara labrada desde el fondo por los colmillos de la
furia a solas,

y otra que se disuelve entre la niebla de las grandes manadas.

No consigo saber quién es el amo aquí.

Cambio bajo mi piel de perro a lobo.

Yo decreto la peste y atravieso con mis flancos en llamas

las planicies del porvenir y del pasado;

yo me tiendo a roer los huesecitos de tantos sueños muertos

entre celestes pastizales,

Mi reino está en mi sombra y va conmigo dondequiera

que vaya,

o se desploma en ruinas con las puertas abiertas a la in-

vasión del enemigo.

Cada noche desgarró a dentelladas todo lazo ceñido al

corazón,

y cada amanecer me encuentra con mi jaula de obediencia
en el lomo.

Si devoro a mi dios uso su rostro debajo de mi máscara,
y sin embargo sólo bebo en el abrevadero de los hombres
un aterciopelado veneno de piedad que raspa las entrañas.

He labrado el torneo en las dos tramas de la tapicería:
he ganado mi cetro de bestia en la intemperie,
y he otorgado también jirones de mansedumbre por trofeo.

Pero quién vence en mí?

¿Quién defiende mi bastión solitario en el desierto, la sábana del sueño?

¿Y quién roe mis labios, despacito y a oscuras, desde mis propios dientes?

PARA DESTRUIR A LA ENEMIGA

MIRA A LA QUE AVANZA DESDE EL FONDO DEL AGUA BORRANDO
el día con sus manos,
vaciando en piedra gris lo que tú destinabas a memoria
de fuego,
cubriendo de cenizas las más bellas estampas prometidas
por las dos caras de los sueños.

Lleva sobre su rostro la señal:
ese calor de invierno deslumbrante que nace donde mueres,
esas sombras como de grandes alas que barren desde siempre
todos los juramentos del amor.

Cada noche, a lo lejos, en esa lejanía donde el amante
duerme con los ojos abiertos a otro mundo adonde
nunca llegas,
ella cambia tu nombre por el ruido más triste de la arena;
tu voz, por un sollozo sepultado en el fondo de la canción
que nadie ya recuerda;
tu amor, por una estéril ceremonia donde se inmola el
crimen y el perdón.

Cada noche, en el deshabitado lugar adonde vuelves,
ella pone a secar la cifra de tu edad al bajar la marea,

o cose con el hilo de tus días la noche del adiós,
o prepara con el sabor del tiempo más hermoso ese turbio
brebaje que paladeas en la soledad,
ese ardiente veneno que otros llaman nostalgia
y que tan lentamente transforma el corazón en un puñado
de semillas amargas.

No la dejes pasar.

Apaga su camino con la hoguera del árbol partido por el
rayo.

Arroja su reflejo donde corran las aguas para que nunca
vuelva.

Sepulta la medida de su sombra debajo de tu casa para
que por su boca la tierra la reclame.

Nómbrala con el nombre de lo deshabitado.

Nómbrala.

Nómbrala con el frío y el ardor,
con la cera fundida como una nieve sucia donde cae la
forma de su vida,

con las tijeras y el puñal,
con el rastro de la alimaña herida sobre la piedra negra,
con el humo del ascua,
con la fosa del imposible amor abierta al rojo vivo en
su costado,

con la palabra de poder
nómbrala y máta.

Y no olvides sepultar la moneda.

Hacia arriba la noche bajo el pesado párpado del invierno
más largo.

Hacia abajo la efigie y la inscripción:

“Reina de las espadas,
Dama de las desdichas,
Señora de las lágrimas:

en el sitio en que estés con dos ojos te miro,
con tres nudos te ato,
la sangre te bebo
y el corazón te parto''.

Si miras otra vez en el fondo del vaso,
sólo verás ahora una descolorida cicatriz cuyos bordes se
 cierran donde se unen las aguas,
pero pueden abrirse en otra herida, adonde nadie sabe.

Porque ella te fue anunciada en el séptimo día,
—en el día primero de tu culpa—,
y asumiste su nombre con el tuyo,
con los nombres vacíos, con el amor y con el número,
con el mismo collar de sal amarga que anuda la condena
 a tu garganta.

PARA SER OTRA

UNA PALABRA OSCURA PUEDE QUEDAR ZUMBANDO DENTRO DEL
corazón.

Una palabra oscura puede ser el misterio de otros nombres
que tuve.

Una palabra oscura puede volver a levantar el fuego y la
ceniza.

“Matrika Doléesa,

llora por mí.

Matrika Doléesa,

vuelve por mí.

Ven a buscar el ascua del esplendor
sepultada en mi mano ’.

Y unas ramas sobre la cabeza bastan
para desenterrar una reina borrada por las plumas de un
dominio salvaje.

Conservo de ese tiempo el tatuaje que deja una sombra de
triste idolatría en todo cuanto toco,
una respiración de plantas sofocadas que exhalan un ve-
veno semejante al del sueño,

el puñado de piedras siempre vivas donde hierve la sangre
de mis antepasados,
un poder en tinieblas encerrado por el vuelo de un pájaro
Y esta máscara fúnebre que avanza desde el fondo de mi
rostro cuando nadie me mira.

Entre las ceremonias del amor
ninguna es comparable al matrimonio del sol y de la luna.

El sabor de los días es como un talismán que preservara
del gusto de morir,

y el éxtasis y el pavor son como dos tormentas que vienen
y se van

llevadas por el bostezo de una larga, larguísima pereza.

“Griska Soledama,
no llores por mí.

Griska Soledama,
no vuelvas por mí.

Rompe el cristal de invierno
donde guardas mis lágrimas”.

Y desde no sé dónde, los cabellos llorosos
anudados por unas cintas grises que despliegan un viaje
de huérfana en la lluvia
vuelven con el color de la nostalgia.

He guardado ese rostro como de ramo hallado en una tumba,
un pedazo de vidrio para verme pasar embalsamada delan-
tel del cortejo de lo que nunca vuelve,
y las historias del amor o el miedo
labradas por el llanto sobre unas piedrecitas que señalan mi
descenso al olvido.

Alguien me llama a veces desde una casa que hunde sus
raíces de arena en la distancia que llamamos nunca,
y otras veces despierto en mi memoria con el olor de los
países donde nunca estuve.

Porque mi exilio está conmigo.

Cuando me alejo crezco, como las catedrales.
Quienes más me conocen me recuerdan como a una bujía
apenas entrevista detrás de una ventana,
o las aparecidas que surgen desde el fondo del estanque
en su ataúd de hierbas,
y llaman desde el costado de la luz a ciegas,
llaman.

“Darvantara Sarolam,
junta nuestros despojos.
Darvantara Sarolam,
búscanos la salida.
Toma el grano de trigo funerario,
tómalo desde el fondo de cada eternidad”.

Entonces, la que no duerme en mí
levanta la cabeza de sonámbula como una luminaria entre
las colgaduras de la fiebre.
Siempre este gusto a sed,
esta mano que incendia con mi mano las grandes asambleas
de la sombra,
esta mirada que no ve para mirar mejor debajo de las
aguas.

Yo escarbo en mi memoria otra memoria como un desván
en llamas
donde se ocultan cifras entrelazadas con molduras,
enigmas disfrazados de falsos personajes de la ley,
revelaciones encubiertas con ropones de hiedra, entre restos
de espejos,
poderes enmascarados por la promesa de la muerte.
Todo arde aquí, inmóvil en su envoltura inalcanzable.
Y alguien da la señal.
Las aguas suben en una estría azul que rompe las paredes.
Voy a poder mirar.



SOCIALES Y HUMANIDADES

Voy a desenterrar la palabra perdida entre las ruinas de
cada nacimiento.

Y este nombre secreto con que me nombran todos y se
nombran?

Ya soy ajena a mí,
pero es el mundo entero quien emigra conmigo
como un solo organismo arrebatado de cada cautiverio, de
cada soledad,
por esa bocanada de las grandes nostalgias.
Y de pronto, este desgarramiento,
esta palpitación en medio de la noche que corta su atadura
en la vena más honda de la tierra,
este fondo de barca que asciende sobre un lecho de plumaje
celeste,
este portal aún entre la niebla,
este solo recuerdo del porvenir desde el comienzo de los
siglos?
Quien soy? Y dónde? Y cuándo?

EL REVES DE LA TRAMA

Difícilmente,
como un animal anfibio que trata de adaptarse a todos los desvaríos del planeta,
absorbo con mi pan la insoluble penuria enmascarada de alimento.
Apenas si mi piel es apta para vestir la esfinge desmesurada que me habita.
Mi cabeza es estrecha,
pero guarda recintos capaces de albergar varias ciudades en su frágil desván.
Mis manos no consiguen apresar las visiones que pasan por mis ojos
ni mis pies tocan fondo en la hirviente cantera de mi corazón.
¡Y qué feroz fisura entre mi lengua y cualquier laberinto del lenguaje!
Casi todo mi ser es invisible;
plegado en una brizna,
sumergido hasta el limo en la inconmesurable pequeñez.
La mole de San Pedro brillando en el agujero de la cerradura;
Bizancio en una lágrima.

Hija del desconcierto y la penumbra,
avanzo a duras penas con mi carga de construcciones y naufragios:
cariátide insensata transportando su Olimpo en la nube interior,
perdiendo a cada tumbo su minúsculo yo como una piedrecita del gran friso,
un ínfimo fragmento de eternidad que rueda hasta los límites del mundo
y se recoge a tientas, sin acertar su sitio y su destino.

Igual yo te celebro en tu desproporción y en tu desorden,
increíble existencia,
como si te ajustaras exactamente a la medida de mi cuerpo y al peso de mi voz.
Igual tú me repudias en mi provocación,
absurda vida en sombras,
como a una criatura intrusa en este reino,
cuando interrogo en vano tu rostro impenetrable, hecho de hierro y de muralla.

Te vuelve contra mí,
te eriges en guardiana de un sagrario que alejas de mis pies,
me arrebatas en un negro huracán donde se quiebran las tablas de la ley,
y me dejas en vilo, suspendida en el borde de la orfandad y la catástrofe,
mientras se precipitan al vacío, desplegando en la nada sus telones,
escenas y territorios desprendidos del revés de mi trama.

Todo es posible entonces,
todo, menos yo.

QUIENES RONDAN LA NIEBLA

Siempre estarán aquí, junto a la niebla,
amargamente intactos en su paciente polvo que la sombra
 ha invadido,
recorriendo impasibles esa región de pena que se vuelve al poniente,
allá, donde el pájaro de la piedad canta sin cesar sobre
 la indiferencia del que duerme,
donde el amor reposa su gastado ademán sobre las hierbas
 cenicientas,
y el olvido es apenas un destello invernal desde otro reino.

Son los seres que fuí los que me aguardan,
los que llegan a mí como a la débil hiedra doliente y amarilla
 que sostiene el verano.
Triste será el sendero para la última hoja demorada,
triste y conocido como la tiniebla.

¡Oh dulce y callada soledad temible!
¡Qué dispersos y fieles hijos de nuestra imagen
nos están conduciendo hacia el amanecer de las colinas!

Están aquí, reunidas alrededor del viento,
la niña clara y cruel de la alegría, coronada de flores polvorientas;
la niña de los sueños, con su tierno cansancio de otro cielo
 recién abandonado;
la niña de la soledad, buscando entre la lluvia de las alamedas
 el secreto del tiempo y del relámpago;
la niña de la pena, pálida y silenciosa,

contemplando sus manos que la muerte de un árbol oscurece;
la niña del olvido que llama, llama sin reposo sobre su
 corazón adormecido,
junto a la niña eterna,
la piadosa y sombría niña de los recuerdos que contempla
 borrarse una vez más,
bajo los desolados médanos,
la casa abandonada, amada por el grillo y por la enredadera;
y más cerca, como el rumor del musgo en las mejillas de aquella
 incierta niña de leyenda,
la niña del espanto que escucha, como antaño junto al muro
 derruido,
las lentas voces de los desaparecidos;
y allí, bajo sus pies,
las fugitivas niñas de la sombra que los atardeceres reconocen,
las mágicas amigas del matorral y de la piedra temerosa.

Yo conozco esos gestos,
esas dóciles máscaras con que la luz recubre cada día sus amargos
 desiertos.
!Tanta fatiga inútil entre un golpe de viento y un resplandor
 de arena pasajera!

No es cierto, sin embargo,
que en el sitio donde el sufriente corazón restituye sus lágrimas
 al destino terrestre,
paliéndose acaso,
nos espere un gran sueño, pesado, irremediable.

Esperadme, esperadme, tenues adolescentes del rocío,
porque despertaré
y hermoso será subir, bajo idéntico tiempo,
las altas graderías de la ciudad del sol y las tormentas,
y repetir aún, sin desamparo, las radiantes edades que la tierra
 enamora.

DETRAS DE AQUELLA PUERTA

En algún lugar del gran muro inconcluso está la puerta,
aquella que no abriste
y que arroja su sombra de guardiana implacable en el revés de todo tu destino.
Es tan sólo una puerta clausurada en nombre del azar,
pero tiene el color de la inclemencia
y semeja una lápida donde se inscribe a cada paso lo imposible.
Acaso ahora cruja con una melodía incomparable contra el oído de tu ayer,
acaso resplandezca como un ídolo de oro bruñido por las cenizas del adiós,
acaso cada noche esté a punto de abrirse en la pared final del mismo sueño
y midas su poder contra tus ligaduras como un desdichado Ulises.
Es tan sólo un engaño,
una fabulación del viento entre los intersticios de una historia baldía,
refracciones falaces que surgen del olvido cuando la roza la nostalgia.
Esa puerta no se abre hacia ningún retorno;
no guarda ningún molde intacto bajo el pálido rayo de la ausencia.
No regreses entonces como quien al final de un viaje erróneo
--cada etapa un espejo equivocado que te sustrajo el mundo--
descubriera el lugar donde perdió la llave y trocó por un nombre confuso la consigna.
Acaso cada paso que diste no cambió, como en un ajedrez,
la relación secreta de las piezas que trazaron el mapa de toda la partida?
No te acerques entonces con tu ofrenda de tierras arrasadas,
con tu cofre de brasas convertidas en piedras de expiación;
no transformes tus otros precarios paraísos en páramos y exilios,
porque también, también serán un día el muro y la añoranza.
Esa puerta es sentencia de plomo; no es pregunta.
Si consigues pasar,
encontrarás detrás, una tras otra, las puertas que elegiste.



LLEGA EN CADA TORMENTA

¿Y NO SIENTES ACASO TU TAMBIEN UN DOLOR TORMENTOSO
sobre la piel del tiempo,
como de cicatriz que vuelve a abrirse allí
donde fue descuajado de raíz el cielo?
Y no sientes a veces que aquella noche junta sus jirones
en un ave agorera,
que hay que batir de alas contra el techo,
como un entrechocar de inmensas hojas de primavera en
duelo,
o de palmas que llaman a morir?
¿Y no sientes después que el expulsado llora,
que es un rescoldo de ángel caído en el umbral,
aventado de pronto igual que la mendiga por una ráfaga
extranjera?
¿Y no sientes conmigo que pasa sobre tí
una casa que rueda hacia el abismo con un chocar de loza
trizada por el rayo,
con dos trajes vacíos que se abrazan para un viaje sin fin,
con un chirriar de ejes que se quiebran de pronto como
las rotas frases del amor?

¿Y no sientes entonces que tu lecho se hunde como la nave
de una catedral
arrastrada por la caída de los cielos,
y que un agua viscosa corre sobre tu cara hasta el juicio
final?

Es otra vez el légamo.

De nuevo el corazón arrojado en el fondo del estanque,
prisionero de nuevo entre las ondas con que se cierra un
sueño.

Tiéndete como yo en esta miserable eternidad de un día.

Es inútil aullar.

De estas aguas no beben las bestias del olvido.



SOCIALES Y HUMANIDADES

OPERACION NOCTURNA

Alguien sopla.

Sopla contra mi casa una envoltura de cortinajes negros,
una niebla sedienta que husmea como hiena en los rincones,
unas sombras que incrustan trozos de pesadilla en la pared.

Alguien sopla y convoca los poderes sin nombre.

Mi guarida se eriza,

se agazapa en el foso de las fieras,

resiste con su muestrario de apariencias a los embates de la mutación.

Alguien sopla y arranca de sus goznes mi precaria morada,
las maquinarias de su remota realidad.

Ahora es otra y no es y apenas vuelve a ser en más o en menos,

tan amenazadora y tan falaz como una escena blanca espejeando en la nieve

o la ventana que se enciende y se apaga en la espesura del tapiz.

Pero igual la sofocan en su temblor final con una funda helada,

la separan de sus mansas costumbres,

le quitan una a una sus misericordiosas pertenencias con un duro escalpelo.

La convierten en la trampa feroz sobre las bocas del abismo que viene.

¡Y yo que reclamaba solamente un lugar de pequeñas alianzas como chispas,
solamente un lugar para oficiar la luz en torno de mis huesos!

No había para mí nada más que esta cárcel,

estos muros aviesos, fatales hacia abajo,

esta tensa tiniebla que me arroja de subsuelo en subsuelo?

EL ADIOS

LA SENTENCIA ERA COMO ESOS CALCOS EN QUE EL RELIEVE
del amor deja un vacío semejante a sus culpas.

Me arrojaron al mundo en mi ataúd de hielo.

Una tierra sin nombre todavía corrió sobre este rostro con
que habito en la desconocida:

era la tierra del castigo.

Era la hora en que comienzo a despertar entre los muertos
con la evidencia de un anillo roto,

un vestido de momia desprendido de las vendas del cielo
y un espejo de sal donde puede leerse mi destino.

El porvenir no es nada más que mirar hacia atrás.

Debajo de esas nubes desgarradas

hay una casa en llamas

en donde los amantes trasmutaban en oro de eternidad el
resplandor de un día,

o tomaban las apariencias de ladrones de pájaros

aprisionando entre los hilos del ocio las metamorfosis de
sus propias imágenes.

Hay una luz dorada que hiere hasta las lágrimas;
hay un lecho también
como una barca invadida por el follaje del deseo
—unas hojas carnosas que exhalan el perfume de los más
largos viajes—.
Y había siempre y nunca
como ahora vueltos de pronto boca abajo.

Corazón repudiado,
animal aterido en uno de los dos costados de tu sangre,
ignorabas entonces que tendrías la forma de un retablo de
la creación hecho pedazos,
que alguna vez la noche del adiós te nombraría en voz
muy baja
como nombra la soledad a sus testigos,
o como llaman aquellos que se van a los que nunca vuelven.

Ahora, de espaldas contra el muro que custodia el guardián
de todo nacimiento,
sólo te quedan las apariciones,
el fantasma de un tiempo que gritará contigo en el estan-
que muerto de algún sueño,
cuando él duerme, tan lejos en su adiós.
Un soborno de plumas para una ley de fuego.

BLOQUES AL ROJO, BLOQUES EN BLANCO

Los paisajes que alguna vez huyeron con alas espejeantes,
los rostros que no se condensaron contra las bocanadas de la niebla,
las casas que jamás habité
—sus puertas como trampas abiertas hacia afuera, junto a tantos exilios—,
todo lo que no fue reverbero de polvo girando en lo imposible,
sino que se desvaneció a un temblor de mi pie o a un vuelco de mi mano,
transforma extrañamente la distancia en la que se acumulan los paisajes,
los rostros y las casas insolubles que me trajeron a este día.

Depósito irrisorio ese donde se acopian los telones como en el escenario de una ciega,
ese donde el destino desborda la memoria y se despliega
con su oleaje de ayer ya tan juzgado como las aguas del diluvio,
con su oleaje de nunca a salvo ya de toda absolución y de toda condena.

De lugar a lugar,
de criatura a criatura,
de encuentro a desencuentro,
se establecen los vínculos del huracán, el sueño y la demencia:
injertos de territorios arrancados a la topografía de terremotos y de nubes;
incrustaciones de recintos huecos un solo recinto que se divide y que se multiplica sin poder olvidar;
alianzas entre seres distantes como el pájaro negro, como el pájaro blanco de los equinoccios,

unidos solamente por la fisura del adiós;
parentescos tramados sobre los labios de una herida,
sobre los bordes de un abismo en llamas,
sobre oquedades vueltas a colmar por las aéreas construcciones del alma.

De lugar a lugar,
de criatura a criatura,
de encuentro a desencuentro,
mis fundaciones se alzan con sus bloques al rojo, con sus bloques en blanco,
irreales como brazos engarzadas en hielo.

Porque no solamente sobre piedras se erigieron los reinos de este mundo,
sino también, y más, sobre las mordeduras del hombre y de la ausencia.

Mi historia, cada historia,
es un inmenso calco de los días vividos y de los días sin vivir:
relieves y vacíos fraguados por igual en la sustancia de la consumación.

DESDE LEJOS MI COLINA

A veces sólo era un llamado de arena en las ventanas,
una hierba que de pronto temblaba en la pradera quieta,
un cuerpo transparente que cruzaba los muros con blandura
dejándome en los ojos un resplandor hiriente,
o el ruido de una piedra recorriendo la indecible tiniebla
de la medianoche;
a veces, sólo el viento.

Reconocía en ellos distantes mensajeros
de un país abismado con el mundo bajo las altas sombras
de mi frente.
Yo los había amado, quizás, bajo otro cielo,
pero la soledad, las ruinas y el silencio eran siempre los mismos.

Más tarde, en la creciente noche,
miraba desde arriba la cabeza inclinada de una mujer
vestida de congoja
que marchaba a través de todas sus edades como por un jardín
antiguamente amado.
Al final del sendero, antes de comenzar la durmiente planicie,
un brillo memorable, apenas un color pálido y cruel, la despedía;
y más allá no conocía nada.

¿Quién eras tú, perdida entre el follaje como las anteriores
primaveras,
como alguien que retorna desde el tiempo a repetir los llantos,
los deseos, los ademanes lentos con que antaño entreabría sus días?

Sólo tú; alma mía.

Asomada a mi vida lo mismo que a una música remota,
para siempre envolvente,
escuchabas, suspendida quién sabe de qué muro de tierno
desamparo,
el rumor apagado de las hojas sobre la juventud adormecida,
y elegías lo triste, lo callado, lo que nace debajo del olvido.

¿En qué rincón de tí,
en qué desierto corredor resuenan los pasos clamorosos
de una alegre estación,
el murmullo del agua sobre alguna pradera que prolongaba el cielo,
el canto esperanzado con que el amanecer corría a nuestro encuentro,
y también las palabras, sin duda tan ajenas al sitio señalado,
en las que agonizaba lo imposible?

Tú no respondes nada, porque toda respuesta de ti ha sido dada.

Acaso hayas vivido solamente
aquello que al arder no deja más que polvo de tristeza inmortal,
lo que saluda en tí, a través del recuerdo,
una eterna morada que al recibirnos se despide.

Tú no preguntas nada, nunca, porque no hay nadie ya que
te responda.

Pero allá, sobre las colinas,
tu hermana, la memoria, con una rama joven aún entre las manos,
relata una vez más la leyenda inconclusa de un brumoso país.



SOCIALES Y BIENESTAR

REMO CONTRA LA NOCHE

a V. E. L.

Apaga ya la luz de ese cuchillo, madrastra de las sombras.
No necesito luces para mirar en el abismo de mi sangre,
en el naufragio de mi raza.
Apágala, te digo;
apágala contra tu propia cara con este soplo frío con que vuela mi madre.
Y tú, criatura ciega, no dejes escapar la soga que nos lleva.

Yo remonto la noche junto a ti.
Voy remando contigo desde tu nacimiento
con un fardo de espigas y esta campana inútil en las manos.

Están sordos allá.
Ninguna pluma de ángel,
ningún fulgor del cielo hemos logrado con tantas migraciones arrancadas al alma.

Nada más que este viaje en la tormenta
a favor de unas horas inmóviles en ti, usurera del alba;
nada más que este insomnio en la corriente,
por un puñado de ascuas,
por un par de arrasados corazones,
por un jirón de piel entre tus dientes fríos.

Pequeño, tú vuelves a nacer.
Debes seguir creciendo mientras corre hacia atrás la borra de estos años,
y yo escarbo la lumbré en el tapiz
donde algún tuyo fue marcado por un carbón aciago,
y arranco las raíces que te cubren los pies.

Hay tanta sombra aquí por tan escasos días,
tantas caras borradas por los harapos de la dicha
para verte mejor,
tantos trotes de lluvias y alimañas en la rampa del sueño
para oírte mejor,
tantos carros de ruinas que ruedan con el trueno
para moler mejor tus huesos y los míos,
para precipitar la bolsa de guijarros en el despeñadero de la bruma
y ponernos a hervir,
lo mismo que en los cuentos de la vieja hechicera.

Pequeño, no mires hacia atrás: son fantasmas del cielo.
No cortes esa flor: es el rescoldo vivo del infierno.
No toques esas aguas: son tan sólo la sed que se condensa en lágrimas y en duelo.
No pises esa piedra que te hierde con la menuda sal de todos estos años.
No pruebes ese pan porque tiene el sabor de la memoria y es áspero y amargo.
No gires con la ronda en el portal de las apariciones;
no huyas con la luz, no digas que no estás.

Ella trae una aguja y un puñal,
tejedora de escarchas.
Te anuda para bordar la duración o te arrebatada al filo de un relámpago.
Se esconde en una nuez,
se disfraza de lámpara que cae en el desván o de puerta que se abre en el estanque.
Corroe cada edad,
convierte los espejos en un nido de agujeros,
con los dientes veloces para la mordedura como un escalofrío,
como el anuncio de tu porvenir en este día que detiene el pasado.

Señora, el que buscas no está.

Salió hace mucho tiempo de cara a la avaricia de la luz,
y esa espalda obstinada de pródigo sin padres para el regreso y el perdón,
y sos pies indefensos con que echaba a rodar las últimas monedas.

¿A quién llamas, ladrona de miserias?

El ronquido que escuchas es tan sólo el del trueno perdido en el jardín
y esa respiración es el jadeo de algún pobre animal que escarba la salida.

No hay ninguna migaja para ti, roedora de arenas.

Este frío no es tuyo.

Es un frío sin nadie que se dejó olvidado no sé quién.

Criatura, esta es sólo una historia de brujas y de lobos,
estampas arrancadas al insomnio de remotas abuelas.

Y ahora, ¿adónde vas con esta sogá inmóvil que nos lleva?

¿Adónde voy en esta barca sola contra el revés del cielo?

¿Quién me arroja desde mi corazón como una piedra ciega contra oleajes de piedra
y abre unas roncás alas que restallan igual que una bandera?

Silencio. Está pasando la nieve de otro cuento entre tus dedos.

DE: "CANTOS A BERENICE"

IV

Que eras la fugitiva de esos tiempos errantes
en los que los demonios se visten con el prestigio de los dioses
y ocultan en criaturas inocentes la ciencia de sus ascuas,
lo denunciaba a veces ese oscuro meteoro,
esa amenaza al rojo que corría veloz desde tu zarpa a tu mirada
estirando tu piel como una elástica permanencia en la huida
o quizás un resorte pronto a saltar bajo la tentación del exterminio.
Que eras, por otra parte, la emisaria de una zona remota
donde el conocimiento pacta con el silencio
y atraviesa los siglos arrastrando como boa de plumas la nostalgia,
lo atestiguaba ya tu ser secreto,
vuelto en contemplación hacia las nubes de la sabiduría,
suspendido en tus ojos como una lluvia de oro,
más acá del recuerdo, más allá del olvido.
Pero qué fuiste entonces, antes de ser ahora?

VII

Aún conservas intacta, memoriosa,
la marca de un antiguo sacramento bajo tu paladar:
tu sello de elegida, tu plenilunio oscuro,
la negra sal del negro escarabajo con el que bautizaron tu linaje sagrado
y que llevas, sin duda, de peregrinación en peregrinación.

¿Para quién la consigna?

¿Qué te dejaste aquí? ¿qué posesiones?

¿O qué error milenario volviste a corregir?

Ahora llegas caminando hacia atrás como aquellos que vieron.

Llegas retrocediendo hacia las puertas que se alejan con alas vagabundas.

Tal vez te asuste la invisible mano con que intentan asirte
o te espante este calco vacío de otra mano que creíste encontrar.

Vuelcas el plato y permaneces muda como aquellos que vuelven,
como aquellos que saben que la vida es ausencia amordazada,
y el silencio,

una boca cosida que simula el olvido.

XI

¿En qué alfabeto mítico aprendiste a interpretar los símbolos?

¿En qué fábulas heroicas te enseñaron

a sitiar los aviesos anuncios con el foso de la monotonía

y a clavarles después el puñal del relámpago?

Tu poder era el poder de la distancia

que con un golpe cierra su abanico y expulsa al invasor.

Horas que fueron años alertas como lámparas,

pacientes como estatuas frente a huéspedes que vienen y se van.

Tú, inmóvil, sumergida en dorados invernáculos,

en visiones letárgicas bordadas por la conspiración del sol y sus oleajes,

acechabas un flanco con repentinas rayas de leopardo,

la música irisada de un abejorro ciego taladrando de pronto todo el cosmos,

para hacer estallar bajo un solo zarpazo sus amenazadoras maquinarias.

Así pudiste un día replegar el espacio

y descubrir en el fondo de mi corazón alguna sombra intrusa entre otras sombras,
o adivinar qué oculta telaraña tejían, destejiendo, mis tejidos,
o qué vetas aciagas fraguaban bajo mi piel un mármol implacable,
y escarbaste, escarbaste con felpas y pezuñas hasta arrancar el mal
como una perla negra que se disuelve en polvo,
en nada.

Yo te pregunto ahora, entre nosotras,

¿era realmente nada?

¿O atesoraste acaso una por una esas cuentas sombrías

y enhebraste un collar que se hizo nudo en torno a tu garganta?

XII

¡Y hay quien dice que un gato no vale ni la mitad de un perro muerto!
Yo atestiguo por tu vigilia y tus ensalmos al borde mi lecho,
curandera a mansalva y arma blanca;
por tu silencio que urde nuestro código con tinta incandescente,
escriba en las cambiantes temporadas del alma;
por tu lenguaje análogo al del vaticinio y el secreto,
traductora de signos dispersos en el viento;
por tu paciencia frente a puertas que caen como lápidas rotas,
intérprete del oráculo imposible;
por tu sabiduría para excavar la noche y descubrir sus presas y sus trampas,
oficiante en las hondas catacumbas del sueño;
por tus ojos cerrados abiertos al revés de toda trama,
vidente ensimismada en el vuelo interior;
por tus orejas como abismos hechizados bajo los sortilegios de la música,
prisionera en las redes de luciérnagas que entretejen los ángeles;
por tu pelambre dulce y la caricia semejante a la hierba de septiembre,
amante de los deslizamientos de la espuma en acecho;
por tu cola que traza las fronteras entre tus posesiones y los reinos ajenos,
princesa en su castillo a la deriva en el mar del momento;
por tu olfato de leguas para medir los pasos de mi ausencia,
triunfadora sobre los espejismos, el eco y la tiniebla;
por tu manera de acercarte en dos pies para no avergonzar mi extraña condición,

compañera de tantas mutaciones en esta centelleante rotación de quince años.
No atestiguo por ti en ninguna zoológica subasta
donde serías siempre la extranjera.
Apuesto por tus venas anudadas al enigmático torbellino de otros astros.

XVII

Aunque se borren todos nuestros rastros igual que las bujías en el amanecer
y no puedas recordar hacia atrás, como la Reina Blanca,
déjame en el aire la sonrisa.

Tal vez seas ahora tan inmensa como todos mis muertos
y cubras con tu piel noche tras noche la desbordada noche del adiós:
un ojo en Achernar, el otro en Sirio,
las orejas pegadas al muro ensordecedor de otros planetas,
tu inabarcable cuerpo sumergido en su hirviente ablución,
en su Jordán de estrellas.

Tal vez sea imposible mi cabeza, ni un vacío mi voz,
algo menos que harapos de un idioma irrisorio mis palabras.
Pero déjame en el aire la sonrisa:
la leve vibración que azogue un trozo de este cristal de ausencia,
la pequeña vigilia tatuada en llama viva en un rincón,
una tierna señal que horade una por una las hojas de este duro calendario de nieve.
Déjame tu sonrisa
a manera de perpetua guardiana,
Berenice.



REHENES DE OTRO MUNDO

*A Vicent Van Gogh, a Antonin Artaud,
a Jacobo Fijman*

Era un pacto firmado con la sangre de cada pesadilla,
una simulación de durmientes que roen el peligro en un hueso
de insomnio.

Prohibido ir más allá.

Sólo el santo tenía la consigna para el túnel y el vuelo.

Los otros la mordaza, las vendas y el castigo.

Entonces había que acatar a los guardianes desde el fondo del foso.

Había que aceptar las plantaciones que se pierden vista
al borde de los pies.

Había que palpar a ciegas las murallas que separan al huésped
y al perseguidor.

Era la ley del juego en el salón cerrado;

las apuestas a medias hasta perder la llave

y unas puertas que se abren cuando ruedan los últimos
dados de la muerte.

Y ellos se adelantaron de un salto hasta el final,

con sus altas coronas.
Quemaron los telones,
arrancaron de cuajo los árboles del bosque,
rompieron hasta el fondo las membranas para poder pasar.
Fue una chispa sagrada en el infierno,
la ráfaga de un cielo sepultado en la arena,
la cabeza de un dios que cae dando tumbos entre un rayo y
el trueno.

Y después no hubo más,
Nada más que las llamas, el polvo y el estruendo,
iguales para siempre, cada vez.
Pero esa misma mano mordida por la trampa rozó la eternidad,
esa misma pupila trizada por la luz fue un fragmento del sol,
esas sílabas rotas en la boca fueron por un instante la palabra.
Son ahora rehenes de otro mundo, como el carro de Elías.
Sólo que están aquí,
cayendo,
desasidos.

SOCIALES Y HUMANIDADES



HIERONYMUS BOSCH EN DESUSADA COMPAÑIA

¿En qué pactos anduvo?

¿Qué ungüentos o qué pócimas usaron para hacerlo asistir a semejantes ceremonias?

¿Y cuál fue su función entre tantos oficios delicados como propalan los muestrarios?

No la quieta intrusión, el espionaje impune del imaginero.

Porque inmóvil será tal vez la beatitud,

un ángel domesticado por la contemplación de inalcanzables lejanías,

una burbuja azul suspendida en el centro de una esfera donde flotan las almas;

pero el pecado es tormentoso y arrebató en su remolino a quien lo roza.

Sopla y cambia de piel con la velocidad del fuego que devora los mejores propósitos

y no consigue nunca disimular con bellos atavíos el rabo y la pezuña.

Es igual que un color que aúlla entre las flores.

¿Y son ésas las tintas que utilizó Hieronymus?

¿Qué pecados mezcló para alcanzar la negrura de la pesadilla?

De caída en caída sin duda rompió el vidrio, se deslizó en el cuadro

y encontró un buen lugar en la farándula embrujada en medio del paisaje.

A simple vista se diría un taller en el que cada uno está absorto en su juego,

o una feria estival donde compiten ilusionismos y acrobacias,

o acaso un libro de horas en el que se mezclaron al azar las imágenes.

Pero hay algo que chilla como un cerdo al que degüellan en el alba,

algo que huele al filo del cuchillo, al tufo del demonio.

Y he ahí que ahora viene trotando sobre los lodazales con manos y con pies.
Viene con hielo y fuego y todo el sol en contra.
Te orina en la cabeza y tu deseo se convierte en sapo, en lagartija, en perro.
Te poseen engendros extraídos de escandalosas bodas y aberraciones de la especie,
de acoplamientos entre un par de bestias y un utensilio al paso.
Fusiones de ortopedia, vínculos que se anudan por el desencuentro y la tortura,
alimañas que saltan con la presión del vicio embotellado,
espantajos obscenos, prelados crapulosos, fortalezas incombustibles y vampiras,
recreos de verdugos, hopalandas encubridoras y festines de asilo,
orejas inquietantes como esfinges, moradas como fauces, delirios como embudos,
aluviones de cuerpos siempre ilesos para los irisados placeres de la soldadesca.
Otro golpe de llama, otro azote de truenos,
otra capa de sangre sobre el escabroso lema: “castigar deleitándose”,
y que siga la orquesta.
¡Ah la contrahecha tentación y su profuso instrumental de amanuense del diablo!
Tienes toda “la triste variedad del infierno” por delante,
y tal como el reverso de la culpa así será la inagotable forma de la pena.
¿Y qué hace ahí Hieronymus, en medio de semejantes hervideros,
con esa cornamusa del color de la fiebre y esa gente girando sobre su cabeza?
¿Es el huésped de honor o el sospechoso anfitrión de la fiesta?
Acaso sea un réprobo cualquiera y pague con oprobios los abusos del yo
invirtiendo la suerte,
transformando a su vez en el hueco trofeo de un sentido,
en el atributo de la supresión, en la esponja que absorbe los excesos ajenos.
Aunque tal vez su alianza sea con las alturas, contra toda esperanza.
Tal vez no rece con el amor ni con la fe, sino con la visión de la condena.

TAN SOLO POR ESTAR

Inmenso el día zumba contra mis orejas;
atruena como un dios atrapado de pronto por un ala en la jaula del mundo.
Dorado su desvarío hasta raspar, vertiginoso hasta romper los bordes.
¿Y ahora qué reclama con esta furia de abejorro descomunal que arrastra el cielo?
¿Es sólo contra mí tanto escándalo en alto, tanto esplendor en guerra?
¿Qué más debo acatar aparte del pedregal en la cabeza, la sogá en los tobillos
y el agujero a través de cada mano?
Acaso me reproche mi ración en el reparto de las permanencias,
acaso esté juzgando solamente mi costado visible,
ese que se abre paso entre bloques de oscuridad y avanza sin saber
lo mismo que la proa encandilada de un navío fantasma.
También tú, día cruel, tan fatuo como yo, como la máscara de lo nunca visto,
eres el turbio vaho, apenas la emanación de un yacimiento sumergido,
el sol inacabado que al asomarse oculta los otros soles de la lejanía.
Hemos llegado aquí sin memoria que corra hacia después.
sin contraseña alguna que nos justifique hasta el final del juego.
Tu color es igual al de cualquier rampante mediodía,
mi aspecto es semejante al de cualquier anónima y oscura traficante de tiempos.
Pero no hablemos por eso de no estar, ni tampoco siquiera de ser otros,
fatales, necesarios, previstos en las mareas de la historia y el vuelo de las aves,
porque tal vez seamos también ineludibles;
ambos incluidos en la turbulencia de la primera ola, en el hervor del verbo,
ambos golpeando juntos sobre la misma playa en los vaivenes del retorno,
hasta el último día, hasta el último naufrago.
Porque tal vez quién, cuándo y dónde sean las variaciones de una sola sustancia,
estados en suspensión hasta el fin del recuento.
No me apartes entonces con esta sacudida de trapo huracanado contra el rostro.
No me arrojes de ti lo mismo que si fuera una lapa insidiosa,
tu adherencia superflua, un fanático error de cada hora incrustado en la roca.
No lograrás excluirme aunque me lleves en vilo entre el pulgar y el índice,
aunque me balancees y me dejes caer sobre mi abismo.
A oscuras, contra la loza, desasida.

DESPUES DE LOS DIAS

Será cuando el misterio de la sombra,
piadosa madre de mi cuerpo, haya pasado;
cuando las angustiadas palomas, mis amigas, no repitan
por mí su vuelo funerario;
cuando el último brillo de mi boca se apague duramente,
sin orgullo;
mucho después del llanto de la muerte.

No acabarás entonces,
mitad de mi vida fatigada de cantar lo terrestre.
Nadie podrá mirarte con esa misma pena que se tiene al
mirar un pálido arenal interminable,
porque tú volverás, ¡oh corazón amante del recuerdo!, a
las tristes planicies.

Serás el mismo viento tormentoso de agosto,
huracanado y redentor como la plegaria de un tiempo
arrepentido;
serás, cuando la noche, esa visión luciente que responde
en la niebla
a una señal de oscuro desamparo;

tu voz tendrá un sonido humilde y temeroso
porque será el rumor doliente de los cercos que guardaron
 tu infancia,
al desmoronarse;
y tu color será el color del aire, dulcemente amarillo,
que las hojas de otoño desvanecen para sobrevivir.

Detrás de las paredes que limitan los sueños
estarán todavía los hombres,
prisioneros de sus mismos semblantes;
aquéllos, los marchitos,
los que dicen adiós con su mirada única,
a cada nuevo paso del sombrío cortejo de su sangre,
mientras van consumiendo su destino de arena porque su
 cielo cabe en una lágrima.

No te detengas, no, glorioso mediodía de mis huesos.
Ellos ven en el polvo un letárgico olvido tan largo como el
 mundo,
y tú sabes, cuerpo mío dichoso desde el tiempo,
que no en vano mecieron tu corazón las lentas primaveras,
que tu pecho está unido a ese incesante aliento que reco-
 noce en él una guarida
que será necesario morir para vivir el canto glorioso de
 la tierra.

PENELOPE

Penélope bordaba el periplo de Ulíses.
Bordaba con realce el riesgo y las hazañas, la penuria y la gloria.
Recibía el dictado de los dioses copiando su diseño del bastidor de las estrellas.
Anudaba los hilos con los años.
Pasaban por el ojo de su aguja el caballo de Troya,
los horizontes indomables —esos que no someterán jamás al obstinado—,
los cíclopes, los vientos, los frutos que procuran el desarraigo y el olvido,
y punzaba de paso el corazón de otras mujeres, horadaba otras dichas.
Deshacer cada noche su labor equivalía a conjurar la suerte,
era deshilar cada aventura, volver atrás las puntadas del tiempo.
También tú, repudiada, bordas ahora el viaje de otro ausente,
infidel como las nubes, fabulador como el artero mar.
Pero bordas en tu favor lo que desdice el eco y recusan las sombras:
islas en vez de cuerpos que se adaptan a la forma cambiante del deseo,
resacas por delirios,
parajes extenuados en lugar de instantáneos paraísos,
tu casa floreciendo en la nostalgia en lugar de una puerta cerrada para siempre.
Querrías imponer tu dibujo al destino,
convertir en destierro y en muralla la ola que arrebató al inconstante,
amordazar las fauces del oráculo que te condena por su desmemoriada boca.
Pero nunca serás ni el premio de un torneo con la muerte.
Porque por esta vez Mercurio no intervino en bien del traicionero.
Otra Circe perversa lo ha convertido en cerdo.

MUTACIONES DE LA REALIDAD

*“Rosa, oh pura contradicción, voluptuosidad de no ser
el sueño de nadie bajo tantos párpados”*

Rainer María Rilke

¿De modo que la piedra húmeda no contiene agua
y el reflejo en el vidrio no traslada la escena al medio del jardín?,
¿que mi sombra no me precede ni me sigue sino que testimonia por la luz
y un hueso fosforescente no anda en busca de cenizas dispersas
para la fiesta de la resurrección?

Es posible, como todo prodigio al que deshojan las manos de la ley.

No niego la realidad sin más alcances y con menos fisuras
que una coraza férrea ciñendo las evaporaciones del sueño y de la noche
o una gota de lacre sellando la visión de abismos y paraísos que se entreabren
como un panel secreto
por obra de un error o de un conjuro.

Pero es sólo un deseo sedentario, como fijar la luna en cada puerta;
nada más que un intento de hacer retroceder esas vagas fronteras que cambian de lugar
¿—hacia dónde? ¿hacia cuándo?—
o emigran para siempre aspiradas de pronto por la fuga de la revelación impenetrable.

Sé que de todos modos la realidad es errante,
tan sospechosa y tan ambigua como mi propia anatomía.
Digo que también ella ha llegado hasta aquí a través de otro salto feroz en las tinieblas,
y guarda, como yo,
nostalgias y temores de faunas y de floras
como aquellas que trasplantó Hieronymus Bosch desde los depósitos del caos,
adherencias de nubes sobre las cicatrices de las mutilaciones,
vértigos semejantes a un éxodo de estrellas
y raíces tan hondas que sacuden a veces los pilares de este aparente suelo
y atruenan, con su ronco reclamo de otro mundo.

Cautiva, como yo, con las constelaciones y la hormiga,
quizás en una esfera de cristal que atraviesan las almas,
la he visto reducirse hasta tomar la forma del ínfimo Jonás dentro de la ballena
o expandirse sin fin hacia la piel exhalando en un chorro de vapor todo el cielo:
el insoluble polizón a tientas en la sentina de lo desconocido
o la envolvente bestia a punto de estallar contra las alambradas de los limbos.
Y ni en la puerta exigua ni en la desmesurada estaba la salida.

Guardiana, como yo, de una máscara indescifrable del destino,
se viste de hechicera y transforma de un soplo las aves centellantes en legiones de ratas,
o pone a evaporar en sus marmitas todo el vino de ayer y el de mañana
hasta que sólo quedan en el fondo esas ásperas borras que acrecientan la sed
con su sabor de nunca o de nostalgia;
o se convierte en reina y se prueba los trajes de la belleza inalcanzable,
las felpas tachonadas de la lejanía,
que son vendas de olvido,
jirones de mendiga cuando pega su frente a mi ventana,
o desnudez de avara cuando vuelva en mis arcas sus tesoros roídos por la lepra.
Y nunca entenderemos cuál es nuestro verdadero papel en esta historia.

Ajena, como yo, a los desordenados lazos que nos unen
y que ciñen mi cuello con los nudos de la rebeldía, la desconfianza y la extrañeza,
a veces me contempla tan absorta como si no nos conociéramos
y desplaza su alfombra debajo de mis pies hasta que pierdo de vista su aleteo,
cuando no se me acerca con un aire asesino y me acorrala contra mis precipicios
para desvalijarme con sus manos de asfixia y de insanía;
¿y acaso no simula de repente distintas apariencias entre dos parpadeos?,
¿no me tiñe de luto las paredes?,
¿no cambia de lugar objetos y tormentas y arboledas, sólo para perderme?
Y apenas si hay momentos de paz entre nosotras.

Precaria, como yo,
aquí, donde somos apenas unos pálidos calcos de la ausencia,
se desdobla en regiones que copian los incendios del recuerdo perdido,
abre fisuras en las superficies como tajos de ciega para extraer el porvenir,
olfatea con sus perros hambrientos cada presagio que huye con la muerte
y persigue de mutación en mutación vislumbres que se trizan en alucinaciones
Y no consigue asir más que fantasmas de la desconocida imagen que refleja.
No, tampoco tú,
aunque niegues tu empeño entre fulgores y lo sepultes entre escombros;
aunque traces tus límites acatando el cuchillo de la pequeña ley;
por más que te deshojes para demostrar
que la rosa de Rilke no encierra ningún sueño bajo tantos párpados.

DENSOS VELOS TE CUBREN, POESIA

No es en este volcán que hay debajo de mi lengua falaz donde te busco,
ni en esta espuma azul que hierve y cristaliza en mi cabeza,
sino en esas regiones que cambian de lugar cuando se nombran,
como el secreto yo
y las indescifrables colonias de otro mundo.

Noches y días con los ojos abiertos bajo el insoportable parpadeo del sol,
atisbando en el cielo una señal,
la sombra de un eclipse fulgurante sobre el rostro del tiempo,
una fisura blanca como un tajo de Dios en la muralla del planeta.
Algo con que alumbrar las sílabas dispersas de un código perdido
para poder leer en estas piedras mi costado invisible.

Pero ningún pentecostés de alas ardientes desciende sobre mí.
¡Variaciones del humo,
retazos de tinieblas con máscaras de plomo,
meteoros innominados que me sustraen la visión entre un batir de puertas!

Noches y días fortificada en la clausura de esta piel,
escarbando en la sangre como un topo,
removiendo en los huesos las fundaciones y las lápidas,

en busca de un indicio como de un talismán que me revierta la división y la caída.
¿Dónde fue sepultada la semilla de mi pequeño verbo aún sin formular?
¿En qué Delfos perdido en la corriente
suben como el vapor las voces desasidas que reclaman mi voz para manifestarse?
¿Y cómo asir el signo a la deriva
--ese y no cualquier otro--
en que debe encarnar cada fragmento de este inmenso silencio?
No hay respuesta que estalle como una constelación entre harapos nocturnos.
¡Apenas si fantasmas insondables de las profundidades,
territorios que comunican con pantanos,
astillas de palabras y guijarros que se disuelven en la insoluble nada!

Sin embargo
ahora mismo
o alguna vez
no sé
quién sabe
puede ser
a través de las dobles espesuras que cierran la salida
o acaso suspendida por un error de siglos en la red del instante
creí verte surgir como una isla
quizás como una barca entre las nubes o un castillo en el que alguien canta
o una gruta que avanza tormentosa con todos los sobrenaturales fuegos encendidos.

¡Ah las manos cortadas,
los ojos que encandilan y el oído que atruena!

¡Un puñado de polvo, mis vocablos!

LA POESIA COMO JUEGO PELIGROSO

No voy a hablar en un sentido estricto y lineal acerca de cómo y por qué escribí "Los Juegos Peligrosos". Creo que las explicaciones acerca del itinerario y el motivo de una obra sólo se justifican en el caso de historias y de vidas prodigiosamente singulares, y cuando los procedimientos y los hechos corresponden a una línea de ruptura y a un comienzo reveladores. Pero mi singularidad, como la de todos, sólo consiste en vanos esfuerzos por dejar de ser yo sin desaparecer del todo, y la revelación sólo se manifiesta en el hecho de seguir siendo yo cada mañana.

Por debajo de la anécdota que identifica un tiempo personal entre otros tiempos, por debajo de las circunstancias que acompañan un particular recorrido, todas las biografías se confunden en una sola biografía. Despojada de individuales vestiduras, de fechas y de nombres, de lugares geográficos y de momentos privilegiados, es una biografía entretejida por la intemperie, la carencia y el hambre.

No voy a relatar nuestra historia, la de cada uno. Alguien ha soplado sobre mi memoria y he olvidado la época feliz en que habitábamos el Edén, en que éramos la continuidad de todas las potencias emanadas de Dios y el testimonio perfecto de la perfección engendrada por el Verbo. Lo cierto es que se produjo la caída, y con ella la ruptura que dió origen al abismo de ésta vida, de la soledad y la ignorancia. Lo cierto es que actualmente nos sentimos impotentes, separados y ajenos, en un mundo donde las fuerzas ya no son una sino que se oponen.

Vida y muerte, absoluto y nada, tiempo y eternidad, se suceden en un juego de días y de noches en éste exilio amurallado, en este reino limitado por el desconocimiento, donde vivimos nuestra condena

en un cuerpo que nos retiene y nos rechaza como un guardián traidor sobornado por la sangre, como una víctima devoradora y un verdugo que termina por ser aniquilado. Aquí, en esta especie de parque de aclimatación para lo desconocido, donde las sensaciones no son nada más que el relámpago que ilumina una pérdida permanente, sentimos crecer la nostalgia por el paraíso perdido. Es una nostalgia que se evidencia en la sed de perduración, en la apetencia por reintegrarnos a una unidad original, en la necesidad de aunar las fuerzas opuestas que nos sofocan y nos atan a un destino aparentemente transitorio. Pero es una nostalgia que testimonia la existencia de un prodigio a distancia, así como la sed testimonia la existencia del agua, aunque sea remota. Es como un espejo cóncavo que refleja la esperanza.

Y bien, sólo desde este territorio del destierro, de la nostalgia y la esperanza, puedo hablar de “Los Juegos Peligrosos”, precisamente porque son peligrosos todos los juegos que intentamos para salir de él, para cambiarlo o para anexarle otros cielos y otras tierras con sus flores y sus faunas.

Yo asumo mi expresión. Elijo la palabra como un elemento de conversión simbólica del universo. Y la elijo porque siento que la palabra es la continuidad del principio creador, que fué sepultada en el fondo de mí como una almendra luminosa en medio de la oscuridad, como la semilla de un árbol cuya explicación está en las ramas que florecen en otra parte, como una pregunta que me conduce a todas las respuestas.

Por medio del lenguaje trato de trascender mi situación actual y de alcanzar un estado semejante a aquel del que gozábamos cuando éramos uno con la divinidad, o mejor aún, intento remontar —guiada por el reflejo del verbo creador— el proceso que me condujo a éste aquí y a éste ahora, para llegar a la noche de la caída, sobrepasarla y contemplar el misterio con los ojos abiertos para siempre.

Todo ésto comienza en el momento mismo en que creo que la palabra ininterrumpida, muchas veces no escuchada, me convoca de pronto hacia un afuera cuyas puertas se abren hacia adentro. Su resonancia se manifiesta en una sorpresiva paralización de todos los sistemas particulares y generales de la vida. Una tensión extrema se acaba de apoderar de la trama del mundo próxima a romperse ante la inminente aparición de algo que bulle y crece en la mayor luz o en la mayor tiniebla. El ser entero ha cesado de ser lo que era para convertirse en una interrogación total, en una expectativa de cacería, en la que se ignora quién es el cazador y cual el animal al que se apunta. Algo está condenándose, algo está a punto de aparecer. Algo debe aparecer o el universo entero será aspirado en una dirección o estallará con un estrépito ensordecedor en millares de fragmentos.

Traspongo entonces las pétreas murallas que me encierran y salgo a enfrentarme con los centinelas de la noche.

Voy a acceder al mundo del mito, voy a repetir el acto creador en el limitado plano de la acción de mi verbo, voy a romper la cáscara de la almendra, voy a llegar hasta las ramas del árbol que me arrojó, voy a enfrentarme con mi relativa revelación. No importa que ese momento ejemplar —eterno en la eternidad como el molde del mito— tenga de éste lado la duración exacta de un momento del mundo, ni que la palabra que he usado como un arma de conocimiento y un instrumento de exploración, ofrezca después el aspecto de un escudo roto o se convierta en un humilde puñado de polvo.

He penetrado de todas maneras, o he creído penetrar, en la noche de la caída, la he detenido con mi movimiento de ascenso y he revertido el tiempo y el espacio en que ocurría. El pasado y el porvenir se funden ahora en un presente ilimitado donde las escenas más antiguas están ocurriendo, al igual que las visiones de las profecías. En un tiempo abierto en todas direcciones. El vacío que precedía al nacimiento se confunde con el vacío adjudicado a la muerte, y ambos se colman de indicios, de vestigios, de señales.

“Qué memoria es esa que sólo recuerda hacia atrás?” dice el gato de Alicia en el país de los espejos, y entonces es posible responderle que la memoria es una actualidad de mil caras, y que el pasado ha estampado sus huellas infantiles en los muros gastados del porvenir.

Tampoco la distancia que nació con la separación existe ya. Ya sustancia es una sola en una milagrosa solución de continuidad. Es posible ser todos los otros, una mata de hierba, una tormenta encerrada en un cajón, la mirada de alguien que murió hace 2.500 años. Por lo tanto mi nombre personal, mi apariencia, mi yo, se convierten en la primera de las imposturas.

Pero aún estoy en los umbrales del exilio. Es un viaje largo y solitario el que debo emprender en las tinieblas. Si me interno amparada en mi lucidez como en el resplandor de una lámpara, no ejercito mis ojos y no veo más allá de cuanto abarca el reducido haz luminoso que poseo y que transporto. Si avanzo a ciegas, no alcanzo a definir las formas conocidas que se ocultan tras los enmascaramientos de las sombras, ni logro perseguir el rastro de lo fugitivo. No hay conciencia total ni abandono total. No hay hielo insomne ni hervor alucinado. Hay grandes llamaradas salpicadas de cristales perfectos y grandes cristalizaciones que brillan como el fuego. Debo tratar de asirlas. Debo encender y apagar mi lámpara de acuerdo con los accidentes del camino.

Los senderos son engañosos y a veces no conducen a ninguna parte o se interrumpen bruscamente o se abren en forma de abanico. La distancia simula espejismos, imágenes prometedoras que se alejan, ejércitos de perseguidores y de monstruos, apariencias emboscadas, objetos desconocidos e indecifrables que brillan con luz propia, terrenos que se deslizan vertiginosamente bajo los pies. Se viven confusiones desconcertantes entre la pesadilla y la vigilia, lo familiar resulta impenetrable y sospechoso y lo insólito adquiere la forma tranquilizadora de lo cotidiano. Se tiene la sensación de haber contraído una peste que puede producir cualquier metamorfosis, aún las más inimaginables y hay una fiebre que no cesa y que parece alimentarse de la duración.

Me entrego a juegos peligrosos en los que creo adquirir poderes casi mágicos. Intento explorar en las zonas prohibidas, en los deseos inexpressados, en las inmensas canteras del sueño. Procuero destruir las armaduras del olvido, detener el viento y las mareas, vivir otras vidas, crecer entre los muertos. Trato de cambiar las perspectivas, de presenciar la soledad, de reducir las potencias que terminan por reducirme al silencio.

A lo largo de todo este trayecto, la palabra —única arma con que cuento para actuar sobre ésta sorprendente realidad— se ha abandonado a las fuerzas imponderables o ha asumido todo el poder de que dispone para trasmutarse en el objeto mismo de su búsqueda, o al menos en una representación exacta del mismo. Utilizando la analogía con un valor de lógica emotiva, ha pretendido intervenir sobre la confusión y los enigmas obrando como síntesis, reconciliando los contrarios, transfiriendo en equivalencias cada dádiva de un sentido a las dádivas del otro, reduciendo cada plano de la percepción a un plano del espíritu. Ha trasmutado el mundo en imágenes y símbolos. Pero se declara vencida.

Entre cada palabra y el elemento que pretendía rescatar, se deslizan todos los otros, como si huyeran por una herida o por un tunel practicado en la arena. El poema queda como un objeto más: el único rescate.

Hay un juego peligroso, hay un gran salto que no conseguiré realizar jamás.

BIBLIOGRAFIA LIBROS

- Los Juegos Peligrosos.* Olga Orozco. - Buenos Aires: Losada, 1962. - 62 p.
- Museo Salvaje.* Olga Orozco. - Buenos Aires: Losada, 1974, 1974, 88 p.
- Cantos a Berenice.* Olga Orozco. - Buenos Aires: Sudamericana, 1977. 78 p.
- Mutaciones de la Realidad.* Olga Orozco. - Buenos Aires: Sudamericana, 1979. 104 p.
- Veintinueve Poemas de Olga Orozco.* Caracas: Monte Avila, 1975. 104 p.
- Obra Poética de Olga Orozco.* Buenos Aires, Corregidor, 1979. 104 p.
- Antología de la Poesía viva Latinoamericana.* Aldo Pellegrini. Barcelona: Seix Barral, 1966 - 317 p.
- Antología Básica Contemporánea de la Poesía Iberoamericana.* Buenos Aires: Ed. Pulíizer, 1978.

BIBLIOGRAFIA REVISTAS

- "Lo Cotidiano, El fulgor y el Signo en la Obra de Actuales Escritoras Argentinas".* Jorgelina Loubert. Zona Franca, Caracas, (20): 6-23, Sep/Oct. 1980.
- "Múltiples formas de la Transparencia".* Marcelo Pichón Riviere. Plural, México, 5(4): 68-69, Ene.76.
- Olga Orozco: "Los Juegos Peligrosos".* Guillermo Sucre. Revista Nacional de Cultura. Caracas, Año XXV, Mayo/Agosto, 1963.
- "Olga Orozco o la Poesía Como Juego Peligroso,* Entrevista de Alejandra Pizarnik, Zona Franca, Caracas, No. 7-8, Diciembre, 1964.
- "Para Hacer un Talismán".* Olga Orozco. Sur. Buenos Aires, (272):58-59, Sep/Oct. 1961.

Universidad de Antioquia



6-10000003045030

615014

"*Poemas de Olga Orozco*". Zona Franca. Caracas, 1(4): 7, Oct. 1964.

La Reina Genoveva y el Ojo de Alcanfor (Cuento Olga Orozco). Sur, Buenos Aires, (300)68-75, May/Junio, 1966.

"*Rehenes de Otro Mundo*." Olga Orozco. Cuadernos Hispanoamericanos. Madrid, (310): 124-129, Abril, 1976.

"*Poemas de Olga Orozco*". Escandalar. New York, 2(1): 20-27, Ene/Mar, 1979.

"*Detrás de Aquella Puerta*". (Poema de Olga Orozco). Eco. Bogotá, (236): 209-210, Junio 1981.

"*Densos Velos te cubren, Poesía*". (Poema de Olga Orozco). Gaceta Colcultura. Bogotá, (35): 5, 1981.

"*Para un Balance*". (Poema Olga Orozco). Vuelta. México, (58):17, Sep. 1981.

"*Guardianas Nocturnas*". (Poema Olga Orozco). Vuelta México, (68): 11, Julio 1982.

"*Hieronymus Bosch en Desusada Compañía*". (Poema Olga Orozco). Revista de la Universidad de México, 38(21): 7 enero, 1983.

"*Tan Solo por Estar*". (poema Olga Orozco). Vuelta. México, (79):15, Junio, 1983.

Esta selección poética se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 1984
en la Editorial de la Universidad de Antioquia



SOCIALES Y HUMANIDADES



“Me entrego a juegos peligrosos en los que creo adquirir poderes casi mágicos. Intento explorar en las zonas prohibidas, en los deseos inexpressados, en las inmensas canteras del sueño. Procuro destruir las armaduras del olvido, detener el viento y las mareas, vivir otras vidas, crecer entre los muertos. Trato de cambiar las perspectivas, de presenciar la soledad, de reducir las potencias que terminan por reducirme al silencio”.